

## DISCIPULOS MISIONEROS PARA LA COMUNIÓN DE VIDA EN EL AMOR DE CRISTO PROMOVIENDO LA INTEGRACIÓN DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA LATINA Y DEL CARIBE

Pbro. Dr. Carlos María Galli

Siguiendo una original tradición de colegialidad episcopal y de colaboración pastoral pronto se celebrará la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el santuario de *Nossa Senhora da Imaculada Conceição Aparecida* en el Brasil. Esperamos la realización del encuentro, cuyo tema es *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14,6)*.

Hace un año propuse una reflexión invirtiendo el orden del enunciado del tema, y partiendo del contenido y la finalidad de la misión. En *un horizonte teológico* -centrado en el amor de la Trinidad y en la vida teológica- ordené desafíos históricos del cambio de época y metas pastorales de esta fase posjubilar de la nueva evangelización.<sup>1</sup> Aproveché aportes del itinerario eclesial latinoamericano y una primera recepción de la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI.<sup>2</sup>

*Mantengo el contenido de ese ensayo. Este artículo supone su lectura para entender los temas presentes y ausentes aquí. Al concluir la primera parte resumiré en un párrafo los núcleos de aquel, que partía de una lectura teológica-pastoral del tema y proponía una evangelización inculturada para crecer en la vida en Cristo. Al final reflexionaba sobre la vocación a la santidad comunitaria y misionera de todo el Pueblo de Dios y de todos en el Pueblo de Dios, que requiere una mística evangelizadora para ser discípulos misioneros de Cristo. Luego agregué: "Aquí correspondería analizar otro desafío que dejo pendiente para un artículo posterior según lo acordado con la dirección de nuestra querida revista *Medellín: el aporte de la comunión misionera de nuestras iglesias a la integración secular entre nuestros pueblos*".<sup>3</sup>*

En 2006 hubo muchas contribuciones, cuyas principales líneas esperamos leer en el anunciado *Documento de Síntesis*. A fin de año, con Víctor Fernández publicamos una reelaboración de nuestros aportes.<sup>4</sup> En *Discípulos misioneros*,<sup>5</sup> comprendimos a los bautizados como *suje-tos* de un discipulado misionero y una misión discipular, y propusimos varias prioridades pastorales.

En 2007 sigo creyendo que conviene pensar el aporte de la Iglesia Católica a la integración de América Latina y el Caribe. Hay opiniones contrarias sobre una cuestión clave para promover una vida digna para nuestros pueblos, pero que apareció de modo muy marginal en 2006. Antes analizaré puntos centrales sobre la reunión y su tema. Mi compromiso con el CELAM, al que he prestado servicios desde 1986, y la libertad que tengo por no estar ligado a la redacción de los Documentos de *Participación y Síntesis*, me ayudan a ofrecer estas ideas con franqueza.

El ensayo tiene dos secciones: (I) *Discípulos misioneros para promover una vida plena y digna en Cristo* se centra en el acontecimiento y en el tema actualizando mis posiciones y asimilando nuevos aportes. (II) *El servicio a la comunión de los pueblos de América Latina y del Caribe* versa sobre el aporte evangelizador de la Iglesia a la integración de nuestros pueblos.

### I. Discípulos misioneros para promover una vida plena y digna en Cristo

<sup>1</sup> Cf. C. GALLI, "Comunicar el Evangelio del amor de Dios de Dios a nuestros pueblos de América y del Caribe para que tengan vida en Cristo. Un marco teológico para situar desafíos-metas pastorales hacia *Aparecida*", *Medellín* 125 (2006) 121-177.

<sup>2</sup> Cf. L. ORTIZ LOZADA, "*Deus caritas est*, una lectura de la encíclica con miras a la V Conferencia", *Medellín* 126 (2006) 247-283.

<sup>3</sup> GALLI, *Comunicar el Evangelio del amor de Dios de Dios a nuestros pueblos*, op. cit., 121.

<sup>4</sup> Cf. V. FERNÁNDEZ, "Propuestas para que la V Conferencia marque el inicio de una nueva etapa evangelizadora", *Medellín* 126 (2006) 285-311.

<sup>5</sup> Cf. V. FERNÁNDEZ - C. GALLI, *Discípulos misioneros*, Agape, Buenos Aires, 2006, 126 páginas.

En esta sección abordo tres cuestiones: la Conferencia en cuanto acontecimiento; el sentido original de *Aparecida* en la tradición de las conferencias y en nuevas circunstancias; el núcleo del tema en relación al orden y al método del discurso, insertando ejes y puntos temáticos.

### ***1. Aparecida: un nuevo Pentecostés para el Pueblo de Dios en América Latina y el Caribe***

1. La Conferencia reunirá a delegados de los episcopados de la región acompañados por representantes de distintos estados de la vida eclesial. Continuará con las reuniones realizadas en Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992). Su organización, como la de las tres posconciliares, se confió al *Consejo Episcopal Latinoamericano*.

El CELAM convocó a los miembros del Pueblo de Dios que peregrina en el subcontinente a tomar parte, de diversas formas, en la preparación, en la celebración y en la misión. Distingo un esquema en tres tiempos: *preparación - celebración - misión*. Concluye la primera, el vasto proceso de participación por parte de los bautizados, las iglesias particulares y los organismos eclesiales. El *Documento de Participación* (DPA),<sup>6</sup> con sus valores y límites, fue el instrumento que promovió el movimiento de recolección de contribuciones, con dispar suerte en los países.

2. Como sucedió con el *Concilio Vaticano II* -cuyo cuadragésimo aniversario celebramos- y con las anteriores conferencias, especialmente las inauguradas por los papas, Aparecida será, ante todo, *un acontecimiento salvífico y eclesial* que debería comprometer en la mayor medida posible a *todo el Pueblo de Dios* encarnado en nuestros pueblos. El Concilio, los sínodos universales y las conferencias episcopales tienen y deben tener, además de su vida interior -encuentro, oración, diálogo, reflexión y trabajo- una *dimensión celebrativa pública*. El mismo lenguaje teológico-canónico dice que se *celebra* un Concilio o un Sínodo. *Celebrar* pertenece al lenguaje teológico, litúrgico, canónico y pastoral relativo a las reuniones eclesiales.

En el marco de la *conferencia-acontecimiento* el episcopado reflexionará y dialogará sobre el *tema* fijado y acerca del cual podrán surgir conclusiones que, según se decida, podrán volcarse en el *texto* de un documento, el cual transmitirá un *espíritu* misionero y propondrá *líneas* pastorales. La correlación entre *acontecimiento, texto y espíritu* es decisiva para la hermenéutica de la renovación del Concilio,<sup>7</sup> y también lo será para interpretar la V Conferencia en su fase de *celebración*. También Medellín, Puebla y Santo Domingo fueran vistas como acontecimientos. En 2006 propuse que Aparecida se celebre como *un acontecimiento eclesial con mayor participación popular* que las anteriores. Ella puede ser vivida como *un nuevo Pentecostés* para las iglesias de nuestros pueblos, en las que el Espíritu de Dios irrumpa para reanimar la misión.<sup>8</sup>

3. Distingo tres momentos de diversa densidad en la forma de participar. El momento eclesial-popular más fuerte debe ser el inicio, lo que ayudará a *prestar atención* a la Conferencia.

1) *Inicio: el acontecimiento de comunión entre Dios y su Pueblo* contiene otro suceso: la *visita pastoral* de Benedicto XVI al Brasil, que incluye encontrarse con la multitud peregrina e inaugurar la Conferencia. Hace poco el Papa calificó a la reunión de “importante evento eclesial” y “signo, testimonio y fuerza de *comunión* para toda la Iglesia en América Latina”.<sup>9</sup>

Aparecida será *la primera conferencia que se realice en un santuario mariano*, lo que debe ser aprovechado pastoralmente. Este inicio popular, el 13 de mayo, sexto domingo de pascua

<sup>6</sup> CELAM, *Hacia la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento de Participación. Fichas de trabajo*, Conferencia Episcopal Argentina-Oficina del Libro, Buenos Aires, 2005.

<sup>7</sup> Cf. C. GALLI, “Claves de la eclesiología conciliar y posconciliar desde la bipolaridad *Lumen gentium - Gaudium et spes*. Síntesis panorámica y mediación especulativa”, en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (ed.), *A cuarenta años del Concilio Vaticano II: recepción y actualidad*, San Benito, Buenos Aires, 2006, 49-107.

<sup>8</sup> Cf. I. PÉREZ DEL VISO, “Aparecida, ¿Congreso o Pentecostés?”, *CIAS* 560/1 (2006) 687-708.

<sup>9</sup> Cf. BENEDICTO XVI, “Proclamar íntegro el mensaje de la salvación para encarnarlo en el momento histórico actual. Discurso a los participantes de la reunión plenaria de la Comisión pontificia para América Latina”, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 26/1/2007, 3.

y fiesta de la Virgen de Fátima, expresará la espontánea piedad mariana del pueblo brasileño y latinoamericano, que debería ser acompañada con la movilización de *muchas peregrinaciones a todos los santuarios marianos nacionales, regionales y locales* del Continente.

Las peregrinaciones populares a los santuarios, espontáneas y organizadas, son un *rasgo típico* de nuestro catolicismo popular.<sup>10</sup> Dos santuarios marianos muy visitados del mundo: Guadalupe -patrona del Continente- y Aparecida, representan a Iberoamérica en sus vertientes española y lusitana. Convendría que una imagen de la Guadalupeana fuera de México al Brasil, simbolizando *la única Madre de Dios y el único Pueblo de Dios* en el continente, y la comunión espiritual de nuestros pueblos. Las conferencias episcopales, obispos diocesanos y rectores de santuarios deberían convocar a que *los pueblos peregrinen a los santuarios* el domingo 13. No habrá otra ocasión similar para que el mundo globalizado contemple por los medios *la imagen plástica y móvil* del Pueblo de Dios cristiano y mariano en la Iglesia católica latinoamericana y caribeña. Sería *un hecho evangelizador mundial* más fuerte que la reunión y el texto.

2) *Desarrollo*: durante la asamblea convendría que, a diferencia de las otras conferencias, *la celebración diaria de la Eucaristía sea con pueblo en el santuario*, en lo posible *pública y televisada*, para que los fieles recen con sus pastores y participen en la mesa del Pan de Vida. Deberían conjugarse armónicamente la celebración litúrgica y la piedad popular en el templo y en los medios de comunicación, como se hizo con la trasmisión por televisión satelital del rezo del Rosario en el acto culminante del Año Mariano Universal 1986-1987, presidido por Juan Pablo II y realizado en grandes santuarios marianos. En el *Encuentro Continental de Pastoral Mariana* J. Alliende y otros pastoralistas plantearon valiosas iniciativas teóricas y prácticas.

Si no se hiciera todos los días por los costos de trasmisión -aunque hay canales católicos con recursos- se debería procurar que *la mayoría de las misas* fueran televisadas, sobre todo las que tengan como temas a la Trinidad, Cristo, el Espíritu, María, los santos latinoamericanos, las familias, los pobres, los jóvenes, los indígenas y afroamericanos, la justicia y la paz, la misión...

3) *Conclusión*: el final de la Conferencia debería ser el *principio de una novedosa gran misión continental*, la cual se ha propuesto como su continuación y fruto (DPa 173) pero que sólo los Obispos reunidos pueden decidir. No debe tener el carácter masivo del inicio pero sí un horizonte popular mediante *dos actos simbólicos* durante la Misa del 31 de mayo, Fiesta de la Visitación de la Virgen. 1) La lectura del *texto del Mensaje a los pueblos*, breve y claro, que debería enviarse a todas las radios, diarios y canales del continente. 2) El *gesto del envío misionero* -como una *Nueva Visitación* de María, que lleve a Jesús, como propuso Juan Pablo II en Santo Domingo el 11 de octubre de 1984- de los representantes de los obispos y agentes pastorales de todas las iglesias de nuestros países. Tal inicio real y simbólico debería expresar la actitud y la acción evangelizadora de todo el Pueblo de Dios “en un nuevo estado de misión”.

En ese marco celebrativo se trataría el tema y, si se decidiera concluir con un *documento*, debería apuntar a que seamos mejores *discípulos misioneros*. Si sus destinatarios *mediatos* son todos los bautizados, los *inmediatos* son los agentes pastorales organizados. Convendría que el texto se entregara y recibiera en ese acto final de carácter discipular-misionero. No debería ser una “suma pastoral”, como lo fue oportunamente Puebla, sino una *carta pastoral*, que resumiera con creatividad líneas comunes de mediano plazo y diera un fuerte impulso inmediato a la misión de todos, para que nuestros pueblos tengan vida plena -digna y feliz- en Cristo.

---

<sup>10</sup> Cf. C. GALLI, “Imagen plástica y móvil del Pueblo de Dios peregrino en la Argentina. Una interpretación teológico-pastoral de la peregrinación juvenil a Luján”, en C. GALLI - G. DOTRO - M. MITCHELL, *Seguimos caminando. La peregrinación juvenil a Luján*, Agape-Guadalupe, Buenos Aires, 2004, 312-389.

De este modo, *la celebración del acontecimiento de la conferencia* -no sólo sus reuniones privadas de trabajo- conjugaría las dimensiones de la *peregrinación* de los pueblos, la *comunidad* de las iglesias -presididas por el Papa y los Obispos- y la *misión* de todos los fieles cristianos.

## **2. El sentido original de la Quinta Conferencia General de nuestro Episcopado**

1. La Conferencia deberá asumir los desafíos que se recolecten de las contribuciones al *Documento de Participación*, retomando temas de documentos del CELAM que no deberían descartarse.<sup>11</sup> Es preciso que ella discierna los principales procesos que marcan no sólo una época de cambio sino un cambio de época, con los desafíos -amenazas y oportunidades- a la vida y a la fe de nuestro pueblo cristiano, sobre todo en los niveles religioso, ético, cultural y social. Seguramente, la mayoría de ellos aparecerá en el *Documento de Síntesis*. Por eso me dispense de abundar en análisis de cuestiones y retos para ir a algunos *núcleos* teológico-pastorales.

La *nueva evangelización* promueve una *pastoral más misionera* que busca conjugar el cuidado pastoral de fieles cristianos con el ímpetu misionero ante una fe débil y amenazada. Lleva a continuar la evangelización de pueblos que, habiendo recibido el Evangelio y teniendo raigalmente fe, religión, vida y cultura básicamente cristianas, sufren una *crisis global y epocal en la fe* (ChL 34, RMi 33) y están en una *situación de urgencia pastoral* (DP 460). Si la primera evangelización se dirige a los que están lejos de la sacramentalidad de la fe, la nueva está destinada a “vivificar la fe” (SD 129-131) de personas, familias, comunidades y pueblos con memoria cristiana pero que, habiendo estado cerca, se han ido alejando de la eclesialidad visible.

La *nueva evangelización más misionera* debe reconocer los *nuevos desafíos* que plantean las difíciles circunstancias del cambio epocal para introducir la novedad de Cristo en las cosas nuevas de los hombres, sacando del Evangelio *luces nuevas para los problemas nuevos* (SD 24). Aparecida será un *acontecimiento-documento-espíritu* significativo si responde, en general, a los actuales desafíos históricos, como lo hicieron otras conferencias en sus contextos.

2. En un aporte reservado para los delegados del Episcopado Argentino a *Santo Domingo*, que escribí el 24 de setiembre de 1992 a pedido de la *Comisión episcopal de Fe y Cultura*, expresé el siguiente criterio que mantengo, en nuevas circunstancias, para la reunión de Aparecida:

“Es difícil una comparación global del *Documento de Trabajo para Santo Domingo* con respecto a los *Documentos finales* de *Medellín* y *Puebla*, textos muy importantes en sí mismos y en sus contextos eclesiales y seculares. Hay sin duda una *continuidad sustancial* y un *avance global*, expresado en la misma formulación del tema general: *Nueva Evangelización*, y en muchos desarrollos temáticos, sólo comprensibles a partir de lo vivido, pensado y escrito desde 1979 hasta el presente. No obstante, en varios aspectos parciales todavía falta alcanzar la *significación* de *Medellín* (vg. el tono profético, el entusiasmo posconciliar, la promoción humana, la renovación pastoral, la Iglesia de los pobres) y de *Puebla* (su síntesis doctrinal, la evangelización de la cultura, la piedad popular, la liberación para la comunión, la opción por los pobres y jóvenes). De no hacerlo, el futuro documento que surja de la IV Conferencia podría resultar regresivo en algunos puntos. Propondría para la Conferencia de Santo Domingo este *doble criterio de valoración*: su hipotético Documento Final *avanzará efectivamente* sobre los Documentos de Medellín y sobre el Documento de Puebla si, además de *asumir superando lo valioso y vigente de ellos a la luz del reciente camino de la Iglesia latinoamericana y mundial*, es capaz de *responder a los nuevos desafíos del actual contexto histórico de América Latina y del Caribe*, como lo hicieron Medellín y Puebla en sus respectivos contextos históricos civiles y pastorales”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Cf. CELAM, *El Tercer Milenio como Desafío Pastoral. Informe CELAM 2000*, Documentos CELAM 154, Bogotá, 2000; *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y El Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Documentos CELAM 165, Bogotá, 2003; *Plan Global 2003-2007: Hacia una Iglesia casa y escuela de comunión y de solidaridad en un mundo globalizado. Humanizar la globalización y globalizar la solidaridad*, CELAM, Bogotá, 2003. Sus mejores aportes deberían nutrir el diálogo en la V Conferencia.

<sup>12</sup> C. GALLI, “Informe acerca del Documento de Trabajo para la IV Conferencia de Santo Domingo”, en COMISIÓN EPISCOPAL DE FE Y CULTURA, *Informes sobre el Documento de Trabajo para la IV Conferencia*, Conferencia Episcopal Argentina, *ad usum privatum*, Buenos Aires, 1992, 49-85, cita en página 50.

En los últimos meses se levantaron voces proponiendo que Aparecida *mantenga y actualice las opciones pastorales indeclinables de Medellín, Puebla y Santo Domingo*.<sup>13</sup> Con tantos otros comparto y espero tal continuidad en el cambio y el cambio en la continuidad, afianzando nuestra tradición pastoral. Esta tarea requiere, entre otros procesos, *una síntesis interpretativa de esas conferencias*, cuyo legado se ha vuelto bien común en nuestra Iglesia. Tal hermenéutica debe integrar los contenidos novedosos de cada texto y no debe dejar afuera sus elementos fundamentales. Un ejemplo es prescindir del llamado a la justicia, la liberación, y el desarrollo integral, expresiones presentes en Medellín desde su primer documento, titulado *Justicia* (DM I,3-5), actualizando *Gaudium et spes* y *Populorum progressio* para América Latina. Otro ejemplo es omitir sistemáticamente que la opción articuladora de Puebla, como dice el título 2.2 del capítulo sobre *evangelización de la cultura* (DP 385-443),<sup>14</sup> el más votado -con más *placet* y ningún *non placet*- es la “*opción pastoral de la iglesia latinoamericana: la evangelización de la propia cultura en el presente y hacia el futuro*” (DP 394-396). Siguiendo la propuesta de Pablo VI (EN 18-20), su meta es “la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura” (DP 395).<sup>15</sup> En ese marco se sitúan la evangelización liberadora y la liberación integral para la comunión y la participación, la valoración de la religiosidad popular y la opción por los pobres, destacando el potencial evangelizador del pueblo bautizado y humilde. Otro caso es callar el cristocentrismo de Santo Domingo que se destaca, por ejemplo, en su breve profesión de fe: “La Iglesia de Latinoamérica y del Caribe proclama su fe: ‘Jesucristo ayer, hoy y siempre’ (Hb 13,8)” (SD 302), y en su plegaria pastoral, preparada por L. Mendes de Almeida: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Buen Pastor y Hermano nuestro, nuestra única opción es por Ti” (SD 303). Los Obispos quisieron esta clave cristológica para articular los miembros del tema -evangelización, promoción e inculturación- e iluminar una nueva evangelización que promoviera integralmente a los hombres, en especial a los pobres, e inspirara una inculturación de la fe en la cultura tradicional, moderna y posmoderna.

En mi opinión hay obispos y teólogos que resumen los textos de las conferencias mediante reducciones hermenéuticas que no salvan bien las *originalidades* y *constantas* que deben mantenerse en Aparecida. Pero no repito la interpretación ni la bibliografía de mi artículo anterior.

3. Con ese trasfondo comparto *seis consideraciones acerca del sentido original de la V Conferencia*: su dimensión, sus fuentes, su contenido, su horizonte, su lenguaje y su finalidad.

a) *Dimensión continental*. Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo fijaron, con sus luces y sombras, *líneas comunes de una pastoral a escala subcontinental*. Este es un rasgo *original* de la Iglesia de América Latina, ya que otros continentes recién en la última década del siglo XX llegaron a instancias similares al celebrar asambleas sinodales continentales preparadas antes, durante y después del ciclo jubilar, desde el primer Sínodo de Europa en 1991, después de la caída del muro de Berlín. Nuestra Iglesia, en virtud de sus factores de unidad en los planos histórico, cultural, religioso, socioeconómico, lingüístico y geopolítico, *se anticipó a los fenómenos del continentalismo y el regionalismo*, tanto en la reflexión teológica como en la praxis pastoral. La V Conferencia y la suerte de nuestro subcontinente deberían situarse en el *nuevo mapa geocultural* que se dibuja en el siglo XXI con la formación de grandes bloques regionales y con la emergencia de “estados continentales”, como son, por lo menos, los Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, China y la India. Por

<sup>13</sup> Se podrían citar muchos artículos. Uno, editado en mayo y luego muy citado, fue el de algunos profesores de la Facultad de Teología de Belo Horizonte, Brasil; cf. PROFESORES DE TEOLOGÍA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (FAJE/ISI), “Hacia la V Conferencia en Aparecida”, *CIAS* 560/1 (2006) 649-659.

<sup>14</sup> Este capítulo es “*la clave de articulación* entre doctrina y pastoral, punto neurálgico dentro del clímax de Puebla” (J. C. SCANNONE, *Evangelización, Cultura y Teología*, Guadalupe, Buenos Aires, 1990, 55).

<sup>15</sup> Cf. C. GALLI, “La teología latinoamericana de la cultura en las vísperas del tercer milenio”, en CELAM, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, CELAM 141, Bogotá, 1996, 243-362, espec. 260-293.

Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, China y la India. Por eso la integración es, en el fondo, una condición de supervivencia para la *comunidad latinoamericana de naciones*.<sup>16</sup>

b) *Fuentes inspiradoras. Las conferencias posconciliares atendieron a la realidad latinoamericana y al magisterio universal.* Medellín pensó la transformación de América Latina y asumió de forma situada al Vaticano II, a través de *Populorum progressio*, escrita por Pablo VI pensando en nuestros pueblos. Puebla, en el marco del Concilio y Medellín, fue la recepción creativa de la *Evangelii nuntiandi* y de su propuesta de evangelizar la cultura. Santo Domingo recibió la llamada a una nueva evangelización de Juan Pablo II recreando la promoción humana con la opción preferencial por los pobres y la evangelización de la cultura con la inculturación del Evangelio. ¿Podrá *Aparecida* hacer una recepción inculturada del testamento pastoral de Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte* y de la meditación programática de Benedicto XVI en *Deus caritas est*? Si hace un año sugerí tomar como una fuente inspiradora la encíclica *Dios es Amor*, lo que confirmé, ahora afirmo que, al mismo tiempo, había expresado la necesidad de tomar como marco de referencia y de actualizar el contenido fundamental de la exhortación posjubilar de Juan Pablo II expresada en la Carta *Al comienzo del nuevo milenio*.<sup>17</sup>

c) *Contenido central.* Desde el Concilio, los grandes temas que aparecen en los documentos pastorales son *Cristo, la Iglesia y el hombre* en el marco de relación entre *Dios y el mundo*. La eclesiología conciliar, en sus documentos mayores y en discursos de Pablo VI, sitúa a la Iglesia entre Cristo y el hombre. *Lumen Gentium* presenta el orden Cristo, hombre, Iglesia y *Gaudium et spes* la serie hombre, Cristo e Iglesia, pero, en ambos casos, como en el Discurso de Clausura de Pablo VI, la Iglesia tiene una función mediadora, porque *Cristo es el centro del Concilio*, aunque su temática haya sido eclesiológica.<sup>18</sup> Medellín asume el esquema de *Gaudium et Spes*, mientras que Puebla lo sigue en la articulación general pero organiza el contenido según el Discurso inaugural de Juan Pablo II: Cristo, Iglesia, hombre, si bien en *Redemptor hominis* sigue otra lógica: Cristo, hombre, Iglesia. Santo Domingo vuelve el *iter* Cristo, Iglesia, hombre y en ello es semejante a la secuencia que posteriormente marca *Novo millennio ineunte*.

¿Qué orden tiene el enunciado previsto para *Aparecida*? ¿*Iglesia de Cristo* (discípulos y misioneros de Jesucristo), *hombre* (nuestros pueblos), *hombre en Cristo* (en Él tengan vida)? Hay que rearticular el esquema para que los Obispos puedan recorrer un itinerario común y expresar sus ideas en un orden discursivo. La experiencia de Santo Domingo mostró que la falta de un sujeto comunitario de la reflexión, la suma de esquemas superpuestos, las cuatro ponencias temáticas, las fuertes presiones externas y la agregación inarticulada de temas, empobrece el documento. En el punto siguiente abordaré un posible orden de la reflexión oral y escrita.

d) *Horizonte evangelizador.* En el posconcilio la misión, entendida como *evangelización*, se fue convirtiendo en la perspectiva englobante de la reflexión de las tres conferencias: de ser un aspecto de la acción eclesial en Medellín (sus tres partes fueron promoción-evangelización-agentes), pasó a ser el tema central de Puebla ya desde su título, según la lógica de *Evangelii nuntiandi*, y terminó asumiendo la inflexión de una nueva evangelización en Santo Domingo. ¿No debería estar la *nueva evangelización* en el centro del temario de *Aparecida*? No hay que dar por supuesto que se entiende lo que los Papas llaman “nueva” evangelización; vg., el sentido que el dió el Papa en enero al hablar a la Comisión pontificia para América Latina. Más aún, algunos la consideran una expresión gastada y desean sustituirla

<sup>16</sup> En esta línea ver los horizontes históricos y geopolíticos trazados por Methol Ferré en A. METHOL FERRÉ - A. METALLI, *La América Latina del siglo XXI*, Edhasa, Buenos Aires, 2006, 35-58 y 83-100.

<sup>17</sup> Cf. G. MELQUIZO YEPES, “Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* como telón de fondo de la V Conferencia”, *Medellín* 126 (2006) 185-202; en p. 202 cita mi opinión favorable, y la de M. DE FRANÇA MIRANDA en “En vista de la Va. Conferencia geral do Episcopado Latinoamericano e Caribenho”, *Medellín* 123 (2005) 436.

<sup>18</sup> Cf. C. GALLI, “Cristo, por su Espíritu, en su Iglesia y en el hombre. Centralidad de Cristo y nexos entre sus presencias en el Concilio Vaticano II”, en V. FERNÁNDEZ - C. GALLI, *Presencia de Jesucristo*, San Pablo, 2007.

por otras. No repetiré acá su historia previa a Juan Pablo II, ni su valor para expresar la presente etapa pastoral.<sup>19</sup> Pero con el deseo de aportar formulaciones, se la podría redefinir como *una nueva forma de comunicación del Evangelio del Amor de Dios para que los pueblos tengan vida en Cristo*, o como *una nueva forma de compartir la comunión de vida plena en el amor pascual de la Trinidad*

e) *Lenguajes pastorales*. ¿Debe necesariamente la V Conferencia expresar su reflexión y su diálogo mediante un extenso texto escrito o puede comunicar sus grandes consensos y las cuestiones abiertas mediante un comunicado breve pero significativo y sugerente? Si los Obispos decidieran comunicar su reflexión en la forma de un magisterio pastoral escrito, ¿que características debería tener el *documento final*? Una cuestión similar me fue planteada en 1992 ante Santo Domingo. Entonces distinguí *dos formas de comunicación* de las orientaciones episcopales porque, en teología pastoral, el estilo y el lenguaje dependen no sólo del contenido sino, sobre todo, del destinatario. Los Obispos deberían hablar como pastores *a todos los miembros comunes del Pueblo de Dios que vive y peregrina en los pueblos de América Latina y del Caribe*, para que se abran a la vida plena en Cristo y sean mejores discípulos misioneros.

Las inmensas multitudes católicas latinoamericanas jamás leerán o ni siquiera sabrán del documento de Aparecida, aún cuando se lleven a cabo numerosas formas de comunicación capilar. A ellas hay que dirigirse, ante todo, con dos formas de comunicación popular: 1) en el nivel del *acontecimiento visible*, hay que hablar con el *idioma de la piedad popular*, que consiste en los lenguajes de la fe mediante el sentimiento, la oración, la imagen, el símbolo y el rito, sobre todo mediante las celebraciones religiosas públicas transmitidas a todo el continente; 2) en el nivel de *la palabra escrita* se sitúa el *Mensaje a los pueblos de América Latina y El Caribe*, como lo hicieron las tres últimas conferencias y lo hacen en su estilo las asambleas del Sínodo de los Obispos con sus *Mensajes a la humanidad*. Convendría que fuera un mensaje kerigmático y teologal sencillo y breve, cuya extensión no supere una página y llegue a todo medio gráfico.

El destinatario específico de un documento final son *los agentes pastorales* que participan en la acción evangelizadora ordinaria, orgánica y organizada. Además incluye a *muchos laicos y laicas* con una formación superior que se preocupan por el futuro de la fe, la vida y la cultura, aunque no participen en la organización institucional de la evangelización, y a muchas personas que, sin ser católicas, pertenecen a *medios religiosos, intelectuales y dirigentes*, y que tienen derecho a esperar una *palabra seria y significativa* de la Iglesia Católica en América Latina y el Caribe para iluminar este momento histórico y fortalecer la esperanza común.

Con atrevimiento pienso que *el eventual documento debe ser muy original y bastante breve; centrarse en los núcleos de los tres componentes del tema; reforzar la identidad de la Iglesia Católica en América Latina y El Caribe junto con la presencia de América Latina y El Caribe en la Iglesia Católica; afrontar los macrodesafíos de los nuevos signos de los tiempos en un (sub)continente mayoritariamente cristiano, pobre y mestizo; animar la pasión ciudadana por el bien común y la mística evangelizadora por la misión continental*. Su estilo puede ser el de una *Carta Pastoral* algo más extensa que *Novo millennio ineunte* o *Deus caritas est*.

f) *Sentido y finalidad*. Aparecida se celebrará quince años después de Santo Domingo (1992) realizada en el Quinto Centenario de nuestra fe cristiana, y diez años después del Sínodo para América (1997), cuyo resultado escrito fue la exhortación *Ecclesia in América* (1998) centrada en el encuentro con Cristo visto como camino a la conversión, la comunión y la soli-

---

<sup>19</sup> Cf. C. GALLI, "Pablo VI y la evangelización de América Latina. Hacia la nueva evangelización", en ISTITUTO PAOLO VI, *Pablo VI y América Latina. Jornadas de estudio. Buenos Aires, 10-11 de octubre de 2000*, en colaboración con la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, Pubblicazioni dell'Istituto Paolo VI 24, Brescia, 2002, 161-197, espec. 178-193.

daridad.<sup>20</sup> Además, observa Scannone, estamos a dieciséis años de la última encíclica social, *Centesimus annus* (1991), si bien en 2005 se publicó el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* y Benedicto XVI en *Deus caritas est* se refirió a cuestiones de doctrina y pastoral social (DCE 19-31).<sup>21</sup> Al mismo tiempo, en el último año se han conocido posiciones a favor o en contra de volver a la tradición de las conferencias después de haber tenido una primera experiencia sinodal americana. En este contexto, *¿qué sentido tiene celebrar la V Conferencia?*

En comunión de fe y a partir de las razones dadas por organismos de la Iglesia para y en América Latina, además de lo que dije más arriba y con la esperanza de que Aparecida salga efectivamente bien -y no sea otro fracaso- pienso que debe realizarse por *dos grupos de razones*.

1) *Aparecida debe expresar la comunión eclesial en el nivel subcontinental para afianzar la identidad católica en América Latina y El Caribe, y la presencia latinoamericana y caribeña en la Iglesia católica.* En el marco de América, único continente con mayoría cristiana dentro del mundo globalizado donde se cruzan religiones y continentes, ella representa al sur con mayoría católica y una minoría protestante creciente, así como el norte tiene una mayoría protestante y una minoría católica creciente. En el marco de la Iglesia universal, ella representa ya la mitad del catolicismo mundial. Tiene una población mayoritariamente católica que vive y debe desarrollarse en espíritu de diálogo y servicio en una sociedad pluralista a nivel religioso y ético. La mitad de su pueblo se expresa en español y en esa lengua cree, reza y evangeliza. El español es la cuarta lengua del mundo, la segunda en occidente y la primera en el catolicismo.

2) *Además, la Quinta Conferencia debe promover una nueva evangelización de la cultura en la etapa posjubilar en el inicio del tercer milenio impulsando, mediatamente, líneas pastorales comunes e, inmediatamente, una renovada misión continental.* a) *Mediatamente*, puede impulsar *fuertes consensos pastorales* para una enorme gama de situaciones socioculturales, actualizando las grandes opciones de las conferencias anteriores a la luz de *Novo millennio ineunte* y de *Deus caritas est*, y discerniendo los principales caminos evangelizadores entre las luces y sombras del cambio epocal en nuestros pueblos. b) *Inmediatamente*, está llamada a animar una *renovada misión continental de todos y a todos* que comprometa a las iglesias particulares y a los fieles católicos para comunicar la plenitud de una *vida digna y feliz* en Cristo, anunciada, celebrada y compartida en la *comunión* de la Iglesia que ha estado y está presente en todo el tiempo y en todo el espacio de la historia de la región. Pero, la celebración de la Conferencia, ¿estará a la altura de lo que le exige esta hora de Dios para nuestros pueblos?

### **3. El enunciado, el orden, el método y el horizonte del tema de la Conferencia**

1. El tema ha puesto la mirada en “el sujeto discípulo y misionero”,<sup>22</sup> “para que los cristianos profundicen y asuman el *estilo de vida* propio de los discípulos de Jesús”.<sup>23</sup> Para enriquecer la identidad cristiana de los bautizados hay que crecer en el encuentro con Cristo y ser un evangelizado evangelizador. El camino del discipulado misionero abre la Vida de Cristo a todos.

<sup>20</sup> Cf. J. GARCÍA, “De la IV a la V Conferencia General. Avances, propuestas, dificultades 1992 a 2007”, *Medellín* 125 (2006) 5-27; y V. RUANO PINEDA, “Del encuentro con Jesucristo a la misión en el mundo. Una lectura de *Ecclesia in America*”, *Medellín* 126 (2006) 203-246.

<sup>21</sup> J. C. SCANNONE, “Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”, *CIAS* 560/1 (2006) 675-686, 676. Aquí el P. Scannone hace un notable aporte en orden a discernir las *res novae* en los temas de índole social, cultural y religioso. Del autor, en relación a los temas sociales del amor y la justicia en el Papa, cf. “La Doctrina Social de la Iglesia en la Encíclica *Deus caritas est*”, *CIAS* 554/5 (2006) 329-336.

<sup>22</sup> STANOVNICK, *Claves de lectura para el documento de participación*, op. cit., 38.

<sup>23</sup> BENEDICTO XVI, *Proclamar íntegro el mensaje de la salvación*, op. cit., 4.

En el tema aparecen componentes subjetivos y objetivos de la nueva evangelización. Los sujetos-agentes: *discípulos y misioneros de Jesucristo*; los sujetos-destinatarios: *nuestros pueblos*; el contenido y la finalidad: *para que en Él tengan vida*. Se advierte una doble referencia a Cristo: es el *Evangelizador* enviado (Lc 4,44) a anunciar la Buena Noticia (Mc 1,15), que envía a sus discípulos apóstoles (Lc 6,13); y el *Evangelio* de Dios (Rm 1,3), “el Evangelio de Jesús, Cristo, Hijo de Dios” (Mc 1,1), “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).

2. \* *Los agentes somos los miembros de la Iglesia*. La vocación y la misión de los *fieles* se expresa con dos nombres evangélicos inseparables: *discípulos y misioneros*. Mirar al *sujeto-agente* resalta la unión personal con Cristo y el compromiso responsable de todo bautizado; desea asumir un valor de la sensibilidad de la modernidad posmoderna; asume el desafío de llegar al *sujeto-destinatario*. Pero, los dos términos unidos todavía no profundizan el hecho de que *toda la Iglesia* es, como tal, el pueblo discípulo-misionero, la comunidad de los discípulos misioneros. Una constante del magisterio conciliar y posconciliar es ver al Pueblo de Dios como el sujeto comunitario e histórico de la misión (LG 17, GS 40, AG 2, EN 14-16, 59-60).

\* *Los destinatarios son nuestros pueblos*, a los que pertenecemos los evangelizados enviados a evangelizar. Ya Medellín, en consonancia con el Evangelio de Mateo, designó al destinatario con la frase “nuestros pueblos” (MD I,5; IV,9). El Resucitado envía a sus apóstoles con estas palabras: *Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos...* (Mt 28,18). No dice “enseñen a todos los pueblos” sino “hagan discípulos a todos los pueblos”. Discípulos era una autodenominación de las comunidades cristianas antiguas (Hch 6,1.2.7). El envío consiste en hacer comunidades de discípulos para el Reino, en introducir en el discipulado o comunión de vida con Cristo a todos los pueblos (*pánta tá ethnón*: Mt 28,19; Mt 25,32, Mt 24,9.14). Hoy, el Pueblo de Dios misionero en América Latina y el Caribe, debe ser *sacramento del Reino de Dios, el Reino de la Vida en Cristo, para que nosotros y nuestros pueblos seamos mejores discípulos*.

\* *La finalidad de la misión es compartir la vida nueva, plena y digna en Cristo*. La V Conferencia debe buscar nuevos caminos para que los pueblos tengan una vida más feliz en Cristo. El cristocentrismo pastoral del tema se explicita con el lema tomado de una frase de autorrevelación del Señor: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6). En mi contribución anterior propuse desarrollar el núcleo de una cristología pastoral considerando a *Cristo como Camino a la Verdad del Padre y a la Vida del Espíritu*, para que los varones y mujeres de nuestros pueblos participen de la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.<sup>24</sup> Supongo ese centro cristológico-trinitario fortalecido por *Novo millennio ineunte*. Veo decisivo el número 29 de esa Carta para preparar todo proyecto pastoral posjubilar, incluyendo las líneas que se decidan en Aparecida. El Jubileo fue un tiempo extraordinario de gracia. Ahora las iglesias, renovadas al contemplar el rostro de Cristo y celebrar su encarnación redentora, deben retomar el camino de la santidad misionera avanzando por los senderos de la pastoral ordinaria proyectando programas evangelizadores centrados en Cristo, Camino que nos lleva a la Patria de la Trinidad.

“El programa ya existe... *Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste...* es necesario que el *único programa del Evangelio* siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial... En las *Iglesias locales* es donde se pueden establecer esas *indicaciones programáticas* concretas ... que permiten que *el anuncio de Cristo* llegue a las personas, modele las comunidades, e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y la cultura” (NMI 29).

Las propuestas de Aparecida se inscriben en la nueva etapa de la pastoral ordinaria orgánica que deberían realizar en comunión las iglesias particulares de la región centrada en *el núcleo cristológico, trinitario y salvífico de la fe cristiana*. Desde ese centro se puede afrontar muchos desafíos, pero sin él la pastoral queda descentrada. Urge releer de forma inculturada y creativa el núcleo de la nueva evangelización centrada en *Cristo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia* (NMI 29).

<sup>24</sup> Cf. GALLI, *Comunicar el Evangelio del amor de Dios de Dios a nuestros pueblos*, op. cit., 132-141.

3. Un *orden* posible para la reflexión de la Conferencia es desarrollar *literalmente* su enunciado comenzando por el tratamiento de los agentes, siguiendo por los destinatarios, y culminando con el fin y el contenido. Tiene la ventaja de seguir el título del tema pero las desventajas de no ofrecer una lectura teológica de la realidad histórica en la que se ubiquen los desafíos de los pueblos, y de no concluir con una última sección práctica que brinde orientaciones para los agentes, las actitudes y las acciones. *Otro orden posible, que prefiero*, está en analizar la realidad de los destinatarios, *nuestros pueblos* (a los cuales pertenecemos los agentes) desde la fe en el misterio salvífico; luego desarrollar algunas dimensiones teológicas, espirituales y pastorales de lo que significa *la Vida en Cristo*; y considerar a la Iglesia como la comunidad de los *discípulos misioneros* en nuevos caminos pastorales. Este *ordenamiento* sigue el *movimiento* interior al objetivo buscado con el tema: se contempla el plan de Dios en los desafíos de nuestros pueblos y se profundiza el misterio de Cristo-Camino a la Verdad y la Vida para orientar la espiritualidad y la acción de los discípulos misioneros. El sujeto evangelizado-evangelizador, *punto de partida* del enunciado, debe ser *el punto de llegada* del discurso teórico-práctico.

4. El orden de la exposición tiene que ver con el *método* de reflexión teológico-pastoral. Antes y después de Santo Domingo se ha discutido sobre el método sintetizado en las acciones ver / mirar - juzgar / iluminar - obrar / actuar. No es mi intención abordarlo, dado los estudios sobre el tema.<sup>25</sup> Algunos lo emplean mal y otros lo desacreditan, pero ambos no reconocen la enseñanza y la praxis del magisterio pastoral. Si se hace mal uso del mismo recuerdo que “el abuso no quita el uso”. Al contrario, requiere comprenderlo, exponerlo y emplearlo correctamente.

Antes de que fuera recibido y utilizado por las conferencias de Medellín y Puebla, este método obtuvo su carta de ciudadanía magisterial en la *Gaudium et Spes*.<sup>26</sup> La Constitución, que imbrica principios doctrinales y orientaciones pastorales (GS nota 1), lo emplea en su *articulación general* y en *capítulos particulares*. El documento comienza con la mirada a “la situación del hombre en el mundo de hoy” en la exposición introductoria (GS 4-10); sigue con la iluminación que dan los principios doctrinales acerca de “la Iglesia y la vocación del hombre” en la primera parte (GS 11-45); culmina con la orientación de la acción pastoral ante “algunos problemas más urgentes” en la segunda parte (GS 46-90). Los tres momentos del método son empleados en los cinco capítulos pastorales. En el original capítulo sobre la cultura (GS 53-62), base de toda propuesta para evangelizar la cultura e inculturar el Evangelio, se articula el tema en tres secciones que titulan sus respectivos pasos: 1) “La *situación* de la cultura en el mundo actual” (GS 54-56); 2) “Algunos *principios* para la sana promoción de la cultura” (GS 57-59); 3) “Algunas *tareas* más urgentes de los cristianos respecto a la cultura” (GS 60-62).

En la Doctrina Social de la Iglesia, ya desde Juan XXIII; se han explicitado los tres momentos del método.<sup>27</sup> Se puede reconocer en el proceso ver-juzgar-obrar, en la medida en que se lo entienda de forma teológica e integral, la presencia de tres momentos metódicos interrelacionados circularmente: *histórico, teórico y práctico*. Como no puedo desarrollar la complejidad de su interpenetración mutua, constato que la reflexión teológica-pastoral intenta dar: 1) *criterios de discernimiento* para mirar y analizar la realidad histórica “con ojos y corazón de pas-

<sup>25</sup> Cf. A. BRIGHENTI, “Raíces de la epistemología y del método de la teología latinoamericana”, *Medellín* 78 (1994) 207-254; J. C. SCANNONE, “Situación de la problemática del método teológico en América Latina”, *Medellín* 78 (1994) 255-283; L. ORTIZ LOZADA, “La importancia del método en el Concilio y en el Magisterio Episcopal Latinoamericano”, *Medellín* 126 (2006) 313-331.

<sup>26</sup> Cf. M. MC GRATH, “Presentation de la Constitution L’Église dans le monde de ce temps”, en Y. CONGAR - M. PEUCHMAURD, *L’Église dans le monde de ce temps. Constitution pastorale Gaudium et spes*, t. II, Unam Sanctam 65, du Cerf, Paris, 1967, 27-28; J. C. SCANNONE, “La recepción del método de *Gaudium et spes* en América Latina”, en J. C. SCANNONE - L. GERA Y OTROS, *La Constitución pastoral ‘Gaudium et spes’ a los treinta años de su promulgación*, San Pablo, Buenos Aires, 1995, 19-49.

<sup>27</sup> Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, “Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en la formación sacerdotal” 5-8, *L’Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 23/7/1989, 7.

tores y de cristianos” (DP 14) o “con visión de fe” (DP 15), o sea, con una mirada iluminada por la fe y un corazón impregnado de caridad; 2) *principios de reflexión* que recibe de la misma fe, que iluminan la tarea evangelizadora y que le confieren al discurso sobre la práctica pastoral su categoría teológica plena (PDV 57); 3) *orientaciones para la acción* que, al modo de líneas pastorales estables y abiertas, perfilan una estrategia evangelizadora en el presente histórico.

5. La mirada o lectura de la realidad desde una visión de fe en el Amor que surge del corazón de Dios y de su presencia salvífica en nuestros pueblos tiene similares fundamentos teóricos que el discernimiento teológico y la interpretación teológica de *los signos de los tiempos*.<sup>28</sup> Algunos procesos históricos son vistos como signos de los tiempos porque representan, en el lenguaje de la acción, tendencias universales (GS 9) e interrogantes profundos (GS 10) del ser humano que marcan una *época* determinada. Son aquellos “fenómenos generalizados que envuelven toda una esfera de actividades y que expresan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad presente”.<sup>29</sup> Los acontecimientos actuales son difíciles de entender, iluminar y juzgar porque, “en la mayoría de los casos, los contemporáneos no saben lo que se está gestando”.<sup>30</sup> Si es difícil conocer el pasado,<sup>31</sup> más arduo resulta comprender el presente, en el que se acentúan las dificultades hermenéuticas tanto por el carácter inacabado de los procesos cuanto por la contemporaneidad entre los sucesos y las interpretaciones. Sin embargo, la conciencia cristiana busca percibir en los hechos-signos del tiempo la presencia del Espíritu de Dios.

Urge “discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos... *los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios*” (GS 11). La voz del Señor resuena tanto en lo íntimo del corazón como a través de las nuevas situaciones de la historia (ChL 3). Los signos de los tiempos expresan *aspiraciones* de los hombres e *interpelaciones* de Dios (MD VII,13) que se vuelven *desafíos* pastorales. La visión teológica de la realidad histórica es parte de un acto de conocimiento teológico-pastoral que busca orientar la misión de la Iglesia. Decía Juan Pablo II

“*el discernimiento evangélico* toma de la situación histórica y de sus vicisitudes y circunstancias no un “simple dato, que hay que registrar con precisión y frente al cual se puede permanecer indiferentes o pasivos, sino un deber, un reto a la libertad responsable, tanto de la persona individual como de la comunidad. Es un ‘reto’ vinculado a una ‘llamada’ que Dios hace oír en una situación histórica determinada; en ella y por medio de ella Dios llama al creyente; pero antes aún llama a la Iglesia...” (PDV 10).

El magisterio ofrece numerosos ejemplos en los que se advierte un *juicio teológico-moral* que brota de la fe y que discierne ambiguos acontecimientos históricos. Juan Pablo II interpretó al año 1989 desde las categorías teo-antropológicas de la dignidad, verdad, libertad, subjetividad y participación (CA 22-29); luego dijo que éticamente la globalización económica “puede tener una valoración positiva o negativa” (EIA 20). Medellín y Puebla juzgaron como situaciones de pecado social a la miseria injusta (MD II,1; DP 28); y Santo Domingo discernió los nuevos procesos que favorecen o dificultan la promoción de una vida más digna (SD 164-209).

6. El horizonte general para pensar, dialogar, ordenar y exponer el tema elegido es la convicción de que *evangelizar es renovar las culturas de las personas y de los pueblos con la vida teológica*. Transmitir la vida en Cristo es comunicar la gracia filial y fraterna que se despliega

<sup>28</sup> Cf. C. GALLI, “La interpretación teológica de los signos de los tiempos”, en R. FERRARA - C. GALLI (eds.), *El tiempo y la historia. Reflexiones interdisciplinarias*, Paulinas, Buenos Aires, 2001, 219-232. Hay una versión italiana mejorada en “L’interpretazione del segni del tempo”, *La Rivista del Clero Italiano* 86 (2005) 39-52.

<sup>29</sup> M. D. CHENU, “Les signes de temps”, *Nouvelle Revue Théologique* 87 (1965) 33.

<sup>30</sup> B. LONERGAN, *Método en teología*, Sígueme, Salamanca, 1988, 173; cf. íd. 179 en relación al pasado.

<sup>31</sup> Para Marrou “la historia es el conocimiento científicamente elaborado del pasado humano” (H. MARROU, *El conocimiento histórico*, Labor, Barcelona, 1968, 28). El historiador debe buscar, encontrar, reconstruir, interrogar e interpretar sus *documentos* o *vestigios* (Marrou, op. cit., 53, 56, 59). Ricoeur, dialogando con Marrou, dice que, por eso, el arte del historiador “nace como hermenéutica. Continúa como comprensión, la cual es, en lo esencial, *interpretación de los signos*” (P. RICOEUR, *La mémoire, l’histoire, l’oubli*, Seuil, Paris, 2000, 439).

en la *fe*, la *esperanza* y la *caridad*. Las virtudes teologales están circularmente unidas de tal modo que cada una genera y perfecciona a su modo a las otras. Por ejemplo, el Papa enseña que

“La *fe* nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que *Dios es amor*... La *fe*, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el *amor*. El *amor* es una luz -en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar” (DCE 39).

La *fe* implica conocer a Dios para pensar al hombre y conocer al hombre para pensar a Dios. La *esperanza* lleva al hombre a esperar en y a Dios, porque Dios espera en y al hombre. La *caridad* unifica el amor a Dios en el hombre y el amor al hombre *en Dios y por Dios* (DCE 18). La evangelización debe procurar que las culturas de nuestros pueblos tengan vida en Cristo en la medida en que estén más y mejor impregnadas, hasta sus raíces y en sus frutos, por una *cultura de la fe, la esperanza y el amor*. Este horizonte teologal de la evangelización inculturada reconoce la primacía de la caridad, alma de las virtudes, que vivifica y unifica a la fe y a la esperanza según la lógica divina, porque *el amor todo lo cree, todo lo espera* (1 Cor 13,7).

Un desafío es *presentar la belleza de la vida teologal* que brota de la comunión con Cristo y, en Él, con la Santísima Trinidad, para poder transitar los caminos de la fe, la esperanza y la caridad. El estilo evangelizador del Papa se orienta a proponer *la alegría de una vida plena*:

“Yo creo que la visita, como la de Colonia, es una oportunidad para que se vea que *crear es algo bello*, que la *alegría* de una gran comunidad universal posee una *fuerza* que arrastra, que tras ella hay algo *importante* y que, por tanto, junto a los nuevos movimientos de búsqueda existen *nuevas perspectivas de fe* que nos llevan a unos hacia los otros y que son *positivas* también para la sociedad en su conjunto”.<sup>32</sup>

Aparecida puede asumir ese estilo de *compartir la Buena Noticia como un feliz sí de Dios al hombre para que tenga vida plena, digna y feliz en Cristo*. Como dijo el Papa en Verona:

“Por mi parte, quisiera poner de relieve cómo, a través de ese testimonio multiforme, debe brotar sobre todo *el gran ‘sí’ que en Jesucristo Dios dijo al hombre y a su vida*, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia; y, por lo tanto, cómo *la fe en el Dios que tiene rostro humano trae la alegría al mundo*”.<sup>33</sup>

7. Con este horizonte evangélico y evangelizador se pueden analizar los distintos aspectos del tema. He considerado algunos de ellos en el artículo referido. Allí, a partir de una lectura teológica-pastoral del tema me centré en el *núcleo cristológico-trinitario* del Evangelio para que *nuestros pueblos tengan vida plena y digna en Cristo*. Buscando una *evangelización inculturada e intercultural* señalé metas macropastorales a partir de las virtudes teologales que concretan *la vida en el Espíritu de Cristo*: revitalizar la sabiduría de la *fe* y de la razón, y recrear la *religión* popular católica; sostener la *esperanza* en el triunfo de la vida que vence a la muerte y la desesperanza; comunicar el Amor de Dios encarnado y traspasado en Cristo e impulsar una nueva imaginación de la justicia y la *caridad* ante procesos de globalización y exclusión.

Reafirmo modestamente los argumentos esgrimidos sobre cuestiones que considero centrales para Aparecida, como el cristocentrismo trinitario; la sabiduría creyente del pueblo cristiano; la índole teologal de la vida en Cristo; la primacía teológica, pastoral y espiritual de la caridad; la opción preferencial por los pobres a escala internacional; la convocación a la santidad en el discipulado misionero; la etapa posjubilar de la nueva evangelización. Durante 2006 muchos se han expresado sobre temas centrales y subtemas colaterales con *excelentes contribuciones* que nos enriquecen pero que resulta difícil resumir. Otros podrían recoger algunas para la Conferencia, mientras esperamos la recapitulación y la novedad del *Documento de Síntesis*.

Mientras tanto, abordo una cuestión que está en la entraña de una conferencia episcopal *latinoamericana y caribeña* pero que veo poco desarrollada en relación al tema de *Aparecida*.

<sup>32</sup> BENEDICTO XVI, “La alegría de servir. Entrevista concedida por el Papa con motivo de su próximo viaje apostólico a Alemania”, *L’Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 25/8/2006, 5.

<sup>33</sup> BENEDICTO XVI, “Ser testigos de Jesús resucitado. Discurso en la IV Asamblea eclesial nacional italiana en Verona”, 19/10/2006, *L’Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 27/10/2006, 9.

## II. El servicio a la comunión de los pueblos de América Latina y el Caribe

Benedicto XVI se concentra en “el corazón de la fe cristiana” (DCE 1) expresado en la frase: *Dios es amor* (1 Jn 4,16). Centra la atención en Dios y el amor, integrando la riqueza del amor humano en la caridad cristiana. Hoy, cierto escepticismo nihilista postula que carece de sentido y resulta imposible el mandamiento *amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22,39), porque vivimos en *la sociedad del amor líquido* en la que domina la fragilidad de los vínculos a causa del individualismo competitivo y consumista.<sup>34</sup> El Papa anuncia que Dios nos amó primero y que por su Espíritu *el amor es posible y nosotros podemos ponerlo en práctica* (DCE 39).<sup>35</sup>

Es necesario que en Aparecida se aliente nuestra vocación misionera para *compartir la comunión de vida en el amor de Cristo* para todas las personas, familias y pueblos de América Latina y el Caribe. La situación cultural expresa las débiles relaciones con Dios y entre los seres humanos, comenzando por la crisis de los vínculos familiares. La evangelización debe *comunicar el amor de Dios que nos une y la comunión en el amor de Dios*. En el otro ensayo articulé una doble reflexión sobre el tema: a partir de la Trinidad, modelo y fuente de toda comunión entre personas;<sup>36</sup> y a partir de una pastoral centrada en el amor misericordioso.<sup>37</sup>

Ahora me centraré en *la dimensión social de los vínculos en la comunidad regional y en la responsabilidad de la Iglesia por animar la comunión de una vida plena y digna entre nuestros pueblos*. Lo haré desarrollando estas cuestiones: el servicio de la Iglesia a la comunión; la formación de comunidades de naciones; el desafío de la integración regional y continental; el servicio de la Iglesia, casa y escuela de amor y de justicia, a los pobres de América y el mundo.

### 1. La Iglesia como sacramento de comunión de la vida en Cristo para todos los pueblos

1. El Pueblo de Dios está llamado a ser *sacramento de comunión con Dios y entre los pueblos del mundo*, realizando su aporte evangelizador específico a la integración regional, continental, intercontinental y mundial.<sup>38</sup> En el marco de la integración latinoamericana y americana debemos hacer *una fuerte apuesta por la comunión eclesial en la región* a partir de una teología de la catolicidad y de las iglesias particulares. Después de la crisis inédita de mi país y pensado en el nivel conosureño propuse un ideal histórico común centrado en los objetivos de reconstruir la nación y construir la región para tener una vida más digna en el mundo globalizado.<sup>39</sup>

Todos estamos llamados a *construir una comunidad regional de naciones en América Latina y en el Caribe* entre procesos caracterizados por cierta bipolaridad. Por un lado, se aceleran instancias de globalización, continentalización y regionalización; pero, al mismo tiempo, se

<sup>34</sup> Cf. S. BAUMAN, *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2002, 59-97; *Vida líquida*, Paidós, Buenos Aires, 2006, 27-55; *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, FCE, Buenos Aires, 2006, 7-57.

<sup>35</sup> Cf. C. GALLI, “El amor a la sabiduría y la sabiduría del amor”, *Teología* 91 (2006) 671-705.

<sup>36</sup> Ver los valiosos aportes al tema de los expositores en el CONGRESO INTERNACIONAL DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES, *Comunión, ¿un nuevo paradigma?*, *Stromata* 62 1/2 (2006) 1-188.

<sup>37</sup> Cf. GALLI, *Comunicar el Evangelio del amor de Dios de Dios a nuestros pueblos*, op. cit., 138-141, 163-168.

<sup>38</sup> Cf. C. GALLI, “La Iglesia en América Latina”, en AA. VV., *Ser católico hoy frente al tercer milenio*, Manrique Zago, Buenos Aires, 1997, 159-165; “Catolicidad y globalización. A propósito del Sínodo para América”, *Criterio* 2205/6 (1997) 608-614; “El intercambio entre la Iglesia y los pueblos en el MERCOSUR”, en GRUPO DE PENSAMIENTO SOCIAL DE LA IGLESIA MONS. GERARDO FARRELL, *Argentina: alternativas frente a la globalización*, San Pablo, Buenos Aires, 1999, 167-208; “La Iglesia y la comunión entre los pueblos”, *Criterio* 2274 (2002) 378-387; “Epílogo. Interpretación, valoración y actualización del pensamiento teológico de Lucio Gera en ‘Del Preconcilio a la Conferencia de Puebla’ (1956-1981)”, V. R. AZCUY - C. M. GALLI - M. GONZÁLEZ (Comité Teológico Editorial), *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera. I. Del Preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981)*, Agape - Facultad de Teología UCA, Buenos Aires, 2006, 867-924.

<sup>39</sup> Cf. C. GALLI, “Reconstruir la nación, construir la región”, en V. FERNÁNDEZ - C. GALLI, *La Nación que queremos. Propuestas para la reconstrucción*, San Pablo, Buenos Aires, 2004, 27-67.

intensifican procesos de desigualdad, fragmentación y exclusión. Los Obispos que se reúnan en Aparecida deben recordar que en pleno 1992 la IV Conferencia constató “el dinamismo mundial de naciones que se asocian, como signo de los tiempos, aún en América Latina y el Caribe” (SD 205), e hizo *una opción pastoral por la integración latinoamericana* (SD 206, 209).

En este milenio el CELAM propuso a las iglesias de América Latina y el Caribe “*acompañar iniciativas de integración latinoamericana: hacia un destino común*”.<sup>40</sup> En ese año representantes de los Episcopados del Cono Sur, analizando los desafíos ético-sociales del *Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA)*, dijeron: “es importante reconocer y participar en la construcción y fortalecimiento de *bloques regionales y subregionales en nuestro continente*”.<sup>41</sup>

2. La Iglesia existe para evangelizar comunicando a Jesucristo para llevar a los hombres a la comunión con el Padre y con los hermanos en el Espíritu Santo. Su amor al ser humano es un “elemento esencial de su misión” (RH 15) y pertenece a su “estructura fundamental” (DCE 21). Su servicio al “bien común universal” (GS 84) la lleva a ser “casa y escuela de comunión” (NMI 43) para todos, especialmente para los pueblos pobres y los pobres de los pueblos.

La misión salvífica del Pueblo de Dios comunica la plenitud del Salvador y de la salvación, y realiza sacramentalmente la unión de los hombres con Dios y entre sí en el Espíritu. Con este fundamento la Iglesia orienta el intercambio evangelizador hacia la unidad universal y escatológica. Como *sacramento universal de comunión* tiene la misión de *fomentar el intercambio universal*. En tiempos de mundialización la catolicidad puede iluminar el intercambio internacional para lograr formas de unidad interpolítica, intercultural e intrahistórica entre los pueblos, y así ir gestando la comunión suprapolítica, supracultural y suprahistórica del Reino de Dios.

Sólo un Pueblo verdaderamente universal puede ser *sacramento de la unidad escatológica entre las culturas* e inspirar los intercambios según el criterio de totalidad que corresponde al *universal católico*.<sup>42</sup> La comunión católica debe favorecer intercambios entre los pueblos, sobre todo entre aquellos que tienen vínculos de tradición y vecindad, promoviendo el diálogo entre las culturas y la justicia entre los estados, buscando la unidad internacional y la paz mundial. El concepto católico de comunión universal denuncia la fragmentación excluyente e ilumina la globalización mundial, la continentalización americana y la integración regional.

3. Con su misión evangelizadora la Iglesia puede inspirar evangélicamente los vínculos que unen a las sociedades para que hallen, desde su autonomía, *vías de integración secular*.

“el Pueblo de Dios, porque es ‘unidad en la variedad’, ‘comunidad’ de hombres y pueblos diversos, que no pierden su ‘diversidad’, aparece como *presagio y figura*; más aún, como *germen y principio* vital de la paz universal ... lo que acontece en el Pueblo de Dios sirve de base para que se cree lo mismo entre los hombres”.<sup>43</sup>

El Pueblo de Dios señala que el sentido último del intercambio entre los pueblos es *la comunión universal*. Los pueblos se comunican desde su subjetividad histórica y la Iglesia lo hace desde su subjetividad cristológica y salvífica, impulsando toda comunicación hacia la meta de la única familia de los hijos e hijas de Dios. El mundo debe ser un *hogar familiar* para la *familia de los pueblos*. La única humanidad posee una inmensa variedad cultural pero ella “no se enriquece con este cúmulo de valores si no se produce un intercambio entre los sujetos portadores de esos valores”.<sup>44</sup> La *globalización* es un proceso multidimensional que acelera la

<sup>40</sup> CELAM, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Documentos CELAM 165, Bogotá, 2003, 212.

<sup>41</sup> COMISIONES EPISCOPALES EJECUTIVAS DEL MERCOSUR, CHILE Y BOLIVIA, *El Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y el futuro de nuestros pueblos*, Montevideo, 4/9/2003, n. 9.

<sup>42</sup> Sobre catolicidad y globalización cf. C. GIAQUINTA, “Iglesia y globalización”, *CIAS* 476 (1998) 405-420.

<sup>43</sup> JUAN PABLO II, “Discurso a los obispos argentinos”, 12/6/1982, n. 5, en EQUIPO PAULINO, *Juan Pablo II en la Argentina*, Paulinas, Buenos Aires, 1982, 63.

<sup>44</sup> Y. CONGAR, “Propiedades esenciales de la Iglesia”, en J. FEINER - M. LÖHRER, *Mysterium Salutis. Manual de teología como historia de la salvación*, IV/1, Cristiandad, Madrid, 1973, 505.

unificación del mundo en el espacio y el tiempo. La Iglesia, *experta en humanidad y mundialidad*,<sup>45</sup> teológicamente católica y sociológicamente hoy más universal que ayer, debe discernir en ese proceso la *convergencia analógica* entre su catolicidad -el cristianismo es una religión universal- y la mundialidad, manteniendo la distancia *crítica* entre realidades distintas y vinculadas.

La Iglesia, unidad plural original, por su constitución teologal, su dimensión universal -a diferencia de otras religiones muy determinadas por sus culturas particulares- y su experiencia histórica, *puede acompañar la transición hacia una sociedad global*. El sentido católico puede servir al equilibrio entre la unidad universal y las diversidades particulares ante pretensiones contrarias del *universalismo abstracto moderno* y del *particularismo fragmentario post-moderno*. Ambas posturas alimentan el debate acerca de la unidad y la pluralidad en la cultura y la historia. Por un lado, cierta postmodernidad desencantada liquida la posibilidad de “una” cultura humana y “una” historia universal, sumando “muchas” historias particulares, privadas y cotidianas. Por otro, cierta modernidad obstinada todavía postula “una” historia guiada por la ilustración de la razón y el progreso de la libertad. La *universalidad* debe incorporar las *particularidades*, cuando “la colectividad humana corre en bloque una misma suerte, y ya no se diversifica en varias historias separadas” (GS 5). La globalización revela la *interdependencia* en todos los niveles, de lo local a lo mundial. Pero en la interacción entre lo universal y lo particular hay que evitar la falsa universalización de un particular que se impone de modo imperial sin respetar las diferencias.<sup>46</sup> Ninguna nación debe pretender tener ese “destino manifiesto”.

4. La Iglesia universal se particulariza al asumir un “determinado grupo humano” (AG 19) en un peculiar “territorio socio-cultural” (AG 22), configurando la riqueza de las iglesias locales. “... esta Iglesia universal se *encarna* de hecho en las Iglesias particulares, constituidas de tal o cual porción de *humanidad concreta*, que hablan tal lengua, son tributarias de una herencia cultural, de una visión del mundo, de un pasado histórico, de un substrato humano determinado” (EN 62).

Una *comunidad de iglesias particulares*, como las de América Latina y El Caribe, además de sus intrínsecos factores eclesiales, es también fruto de un proceso histórico de inculturación. Su configuración le confiere *un estilo propio*. El Pueblo de Dios “encarnado” en los pueblos (DP 400) adquiere formas peculiares. Contribuimos a delinear el *rostro concreto* de la Iglesia en la diversidad cultural de las iglesias insertas en nuestras naciones. *El corazón palpitante del Pueblo de Dios* se manifiesta de forma privilegiada en la religiosidad popular que es, en su mayoría, “expresión de la fe católica” (DP 444). Su carácter popular expresa la encarnación del Pueblo de Dios en las multitudes pobres y creyentes (MD VI,3; DP 462). Los sentimientos, gestos, símbolos y ritos populares son la vía de ingreso en el núcleo ético-religioso del imaginario colectivo e identifican, diferencian y complementan a nuestras Iglesias. *Las características de nuestras naciones marcan a sus iglesias*. Las expresiones de piedad popular mariana -desde Guadalupe hasta Copacabana, Aparecida, Caacupé, Maipú, los Treinta Tres y Luján en el Sur- son un vivo reflejo de la fisonomía de nuestros pueblos e iglesias. *Conocer, reconocer y aceptar semejanzas y diferencias deben ayudarnos a trazar puentes de diálogo e integración*.

La comunión de la Iglesia universal se realiza por la comunicación de los bienes entre personas e iglesias concretas. La eclesiología de comunión incluye muchas formaciones en los niveles de la *communio personarum* y la *communio ecclesiarum*. Para el Concilio la comunión universal del Pueblo de Dios es el fundamento y el marco de los *intercambios de dones* (LG 13bc).<sup>47</sup>

El *intercambio entre las iglesias* enraizadas en pueblos distintos enriquece la catolicidad y es factor de *comunicación entre las sociedades*. Nuestras iglesias, arraigadas en culturas de

<sup>45</sup> Cf. J. M. LUSTIGER, “La Iglesia, experta en mundialización”, *Communio* (argentina) 7/2 (2000) 5-9.

<sup>46</sup> Cf. G. ALBERIGO, “L’Europe et les autres continents”, en ASSOCIATION EUROPEENNE DES THEOLOGIENS CATHOLIQUES, *La Nouvelle Europe. Défi à l’Église et à la théologie*, du Cerf, Paris, 1994, 69-87, cf. 85-87.

<sup>47</sup> Cf. C. GALLI, “Dones o bienes a compartir”, *Criterio* 2233 (1999) 52-57.

América Latina y del Caribe, al acrecentar el intercambio de sus bienes teologales, humanos y materiales, se tornan signos e instrumentos de comunión de dones entre las naciones de la zona. El intercambio intraeclesial debe expandirse en intercambios interculturales e internacionales en los que la Iglesia pueda mediar en la comunicación de bienes culturales y materiales. Mucho se hace mediante las *iglesias hermanas*, fomentando “relaciones de hermandad entre las diócesis y las parroquias” (EIA 33) y “una mayor cooperación entre las iglesias hermanas” (EIA 74). El Pueblo de Dios, en la medida en que asume las riquezas de las culturas, se convierte en un factor “indirecto” de la comunicación entre las naciones. *El intercambio de dones entre las iglesias inculturadas fomenta así la comunicación secular entre los pueblos.* Porque

“... LG 13b propone una tesis fundamental de la eclesiología católica... sería difícil expresarse con más claridad y profundidad: se presenta a la Iglesia universal como *una comunión de iglesias particulares* e indirectamente como *una comunión de naciones, lenguas y culturas*. Cada una de ellas aporta sus dones al conjunto”.<sup>48</sup>

¿Podrá plantear Aparecida cuáles son los bienes que nuestras iglesias deben compartir entre sí para servir al bien común regional y a la comunión entre los pueblos? ¿Cómo lograr que la comunicación pastoral de dones impulse el intercambio de las riquezas de nuestras naciones?

5. La variedad cultural de los pueblos, representada en la diversidad de sus iglesias, junto con la nueva fisonomía que se vaya dando a partir de intercambios frecuentes e intensos, daría contornos más precisos al *Pueblo de Dios en nuestra región*. En este proceso podrían aparecer *nuevas formas eclesiales*. Así como, en el nivel cultural, se requiere “entender cómo se reconstruyen las identidades étnicas, regionales y nacionales en procesos globalizados de segmentación e hibridación cultural”,<sup>49</sup> en el nivel eclesial pueden darse nuevas figuras según las acciones de nuestras iglesias a medida que recorran un itinerario común en la comunidad regional. *La V Conferencia debería alentar la formación de nuevas figuras eclesiales regionales.*

El 70 % de los católicos vivimos en iglesias y pueblos del tercer mundo. *¿Podrá la Iglesia latinoamericana y caribeña delinear una nueva figura comunitaria en la futura configuración cultural del Pueblo de Dios?* Y las nuevas figuras eclesiales y culturales que puedan ir surgiendo, ¿manifestarán mejor que *la Iglesia, el Pueblo de Dios, es un Pueblo de pueblos?*

## **2. La formación de comunidades de naciones a nivel regional y continental**

1. Medito sobre la formación de comunidades de naciones desde hace una década y profundicé el tema al exponer sobre *El servicio de la Iglesia al intercambio entre Europa y América Latina*,<sup>50</sup> en un Congreso al que fui invitado por el CELAM.<sup>51</sup> En 2002 participé en El Escorial de una reunión entre representantes de iglesias de Europa y América Latina, convocada por la *Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea* (COMECE), el *Consejo Episcopal Latinoamericano* (CELAM) y la *Conferencia Episcopal Española* (CEE). Entre los 140 participantes había obispos de 17 episcopados europeos y los presidentes de las 22 conferencias latinoamericanas. El tema fue *América Latina y la Unión Europea. Juntos por el bien común universal. Contribución de la Iglesia*. El Congreso emitió el Mensaje *Encuentro de dos mundos. Por una sociedad global humanizadora y solidaria*,<sup>52</sup> para los Jefes de Estado y de Gobierno que se reunían en la II Cumbre de la Unión Europea, América Latina y el Caribe.

<sup>48</sup> JUAN PABLO II, “Alocución a los cardenales y prelados de la curia romana”, 21/12/1984, *L'Osservatore Romano* (edición semanal en lengua castellana), 30/12/1984, 3.

<sup>49</sup> N. GARCÍA CANCLINI, *Consumidores y conciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995, 113.

<sup>50</sup> La ponencia, con una introducción sobre esa reunión celebrada del 12 al 14 de mayo de 2002, se halla en C. GALLI, “El servicio de la Iglesia al intercambio entre Europa y América Latina”, *Teología* 78 (2001) 105-154.

<sup>51</sup> Tuve la ponencia teológica en un Congreso con seis expositores generales: P. Aylwin Azócar, ex-Presidente de Chile; A. Gutiérrez, ex-Primer Ministro de Portugal; G. Escobar Herrán, entonces embajador de Colombia ante la Santa Sede; C. M. Galli; J. Raga Gil, miembro de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales; Cardenal O. Rodríguez Maradiaga, Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras, y ex-Presidente del CELAM.

<sup>52</sup> El Mensaje se halla en [http://www.celam.org/secre\\_general/AL\\_unioneuropea.htm](http://www.celam.org/secre_general/AL_unioneuropea.htm)

2. El aporte eclesial puede servir al equilibrio entre la unidad universal y las diversidades particulares. Un país, una región, un continente y el mundo son, cada uno a su modo, una *unidad plural*.<sup>53</sup> La comunión católica puede confirmar la unidad plural de cada país y continente, e iluminar los movimientos concéntricos y entrelazados de mundialización, continentalización y regionalización, que se revelan complementarios. Para los latinoamericanos se trata de realizar una unidad plural en todos los niveles, desde los más pequeños a los más grandes. Por eso, la Iglesia debe promover *una cultura de la comunión, la integración y el intercambio*.

El Pueblo de Dios se encarna en las comunidades humanas, a partir de la familia, y se inserta en configuraciones sociales, históricas, culturales y políticas de distinta amplitud. Hace unos años se consideraba la presencia de la Iglesia en distintos niveles de la comunidad política: local, municipal, provincial, regional, nacional, subcontinental y mundial, pero no se valoraban otros dos ámbitos de realizaciones y presencias intermedias, como la región y el continente.

3. En este espacio flexible se ubican las *comunidades de naciones*. En el primer posconcilio nuestras iglesias asumieron perspectivas nacionales, latinoamericanas y universales, pero no aparecían todavía, como en los años noventa, los desafíos de las regiones y los continentes. A nivel comercial, en 1990 había 50 grupos regionales, pero en 2000 pasaban los 200.<sup>54</sup> Se afianza la tendencia a formar *nuevas comunidades regionales*. Los estados parecen demasiado chicos ante los fenómenos globales y demasiados grandes ante las necesidades locales. En este signo de nuestro tiempo la fe puede discernir *la voz de Dios* que nos convoca a imaginar y plasmar formas nuevas de realizar nuestra vocación a la convivencia en la unidad. Los signos son desafíos a la misión de la Iglesia, la cual, desde los años cincuenta acompañó diversamente la suerte de la *comunidad latinoamericana* y la constitución de la *comunidad europea*.

Juan Pablo II miró a la *Unión Europea* no sólo como un mercado de intercambios económicos o un espacio de libre circulación de ideas, sino, sobre todo, como “*una verdadera comunidad de naciones que quieren unir sus destinos para vivir como hermanos*”.<sup>55</sup> Con términos similares dijo que la Iglesia en América está llamada a “*promover una mayor integración entre las naciones*” (EIA 55). Pero, lamentablemente, *Ecclesia in America* no recogió un párrafo de los *Lineamenta* para el Sínodo de América (n. 47), en el que se discernía la formación de *comunidades intermedias* a la luz del plan de Dios que tiende a la unidad. Aquel lúcido texto decía: “Para alcanzar esa meta (la paz y la unidad de la familia humana), que responde al misterioso *designio de Dios en Cristo*, el camino es largo y laborioso. Se trata de un trabajo que implica diversas etapas orientadas a la formación de *comunidades intermedias, a nivel regional, nacional e internacional. La tendencia histórica a formar comunidades de pueblos a nivel nacional, y comunidades de naciones a nivel internacional y continental, es señal de esa aspiración de la humanidad a reconocerse como una grande y única familia...*”.<sup>56</sup>

Dios nos invita a promover una mayor unidad latinoamericana. Puebla nos enseñó a evangelizar los nuevos procesos porque “es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas” (DP 393). La unidad europea, la integración latinoamericana, el intercambio intra e intercontinental, son procesos que están en curso en distintas etapas diferentes entre sí. Para evangelizar las nuevas formas culturales en su nacimiento, la Iglesia debe *hacerse presente ahora*, como lo hizo en otros tiempos, colaborando con los pueblos y sus instituciones para formar comunidades regionales de naciones.

4. La acción evangelizadora a nivel capilar y estructural puede contribuir a *formar la conciencia regional, continental y mundial*, así como en otras épocas colaboró con *la formación*

<sup>53</sup> Tomo esta expresión de J. LABARRIERE, *L'unité plurielle*, Aubier-Montaigne, Paris, 1975, 64, 72.

<sup>54</sup> Cf. COMECE, *Global governance. Our responsibility to make globalisation an opportunity for all*, Brussels, 2001, 30.

<sup>55</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje a la XXX Asamblea del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 6/10/2000 n. 4, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 27/10/2000, 2.

<sup>56</sup> SÍNODO DE OBISPOS - ASAMBLEA ESPECIAL PARA AMÉRICA, *Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América. Lineamenta*, Ciudad del Vaticano, 1996, n. 47.

*de la conciencia nacional en cada país.* El nuevo desafío requiere ampliar los horizontes hacia lo global y atender las demandas en lo local, porque los movimientos hacia lo macro han provocado una renovada concentración sobre lo micro. En un tiempo de reformulación del Estado-Nación urge dar espíritu y cuerpo a la propia Patria y también a la *Patria Grande* y a las *patrias chicas*. Como varios de “nuestros países se fundaron por la exclusión de vecino”,<sup>57</sup> existe la tendencia a marcar excesivamente los intereses nacionales y a trazar los proyectos sobre la política del *vecino excluido*. Muchos argentinos -tal vez lo mismo sucedió en otros países- fuimos formados en la conciencia de creernos superiores. Si aumentan recelos y conflictos -como pasa actualmente entre los rioplatenses- los cristianos debemos fomentar la hermandad.

La educación es un camino fundamental para la integración. La Iglesia, con su fuerza profética y su lenguaje simbólico, puede ayudar a *formar el ideal histórico de construir comunidades regionales*. En sus instituciones debe *educar en una fraterna conciencia comunitaria* entre los pueblos y ayudar a descubrir *un nuevo bien común regional que beneficie a todos y a cada uno*, conjugando la bipolaridad entre el bien local y el bien universal, para enriquecer en una apertura integradora la propia identidad con los aportes de las otras identidades.<sup>58</sup>

Para avanzar en la integración cultural hay que “generar redes de intercambio e identificaciones positivas, ya que lo comunicacional y lo emblemático del proceso integrador no puede ser descuidado”.<sup>59</sup> Esta función utópica y simbólica exige formar un *nuevo imaginario integrador*, como se hace en Europa. La tarea educativa y catequística de la Iglesia puede *formar valores comunes y crear espacios de encuentro* -desde lo ecuménico e interreligioso hasta lo académico y profesional- que brinden “la posibilidad de que la propia identidad -individual, regional o nacional- integre una *identidad plural* mucho más vasta, una verdadera mundialización”.<sup>60</sup>

### **3. Una cultura de comunión para una comunidad latinoamericana más integrada**

1. La cultura se declina en singular y plural. La cultura es el cultivo integral del hombre para alcanzar “un nivel verdadera y plenamente humano” y las culturas constituyen el bien común de los distintos pueblos (GS 53-54). *Cultura y culturas* denotan varios contenidos semánticos: clásico y moderno, normativo y descriptivo, humanístico y etnológico, pedagógico y expresivo, valorativo y fenoménico, individual y social. La cultura no es un mínimo común denominador ni una mera suma de culturas; las culturas no denotan de por sí equivalencia o relativismo, sino que invitan a percibir lo universal y lo particular mediante un *diálogo intercultural*.

Ya en su *Mensaje a los Pueblos* Medellín señaló que *América Latina es una y múltiple*. En la discusión acerca de la cultura latinoamericana las posiciones oscilan entre la afirmación de una homogeneidad férrea o de una total heterogeneidad. Teniendo en cuenta las riquezas peculiares y las diferencias evidentes, me animo a afirmar que *somos una unidad plural*, deseando que se entienda bien esta expresión especulativa que *conjuga unidad y pluralidad* sin sacrificar una a la otra, pero que no cede ni a una abstracta unidad ni a una irreconciliable pluralidad.

La conciencia eclesial nos inclina a reconocer tanto la totalidad y unidad de esta comunidad subcontinental como la particularidad y diversidad de sus pueblos y estados que deben respetarse e integrarse. Si Puebla acentuó la unidad, Santo Domingo destacó la pluralidad. América Latina y El Caribe -como todo continente- es una unidad plural con elementos comunes y componentes diversos. Con sus innumerables diferencias regionales, nacionales o locales forma una “originalidad histórico-cultural” (DP 446) a partir de acontecimientos pasados y

<sup>57</sup> A. METHOL FERRÉ, “Paradojas de la política sudamericana”, *Archivos del Presente* 23 (2001) 43.

<sup>58</sup> Cf. V. FERNÁNDEZ, *Valores argentinos, o un país insulso*, Bouquet, Buenos Aires, 2006, 56-62.

<sup>59</sup> D. GARCÍA DELGADO, *Estado-Nación y Globalización*, Ariel, Buenos Aires, 1998, 120.

<sup>60</sup> V. MASSUH, *Cara y contracara. ¿Una civilización a la deriva?*, Emecé, Buenos Aires, 1999, 81.

presentes, y de factores lingüísticos, culturales, religiosos, que le dan aquella *unidad espiritual* (DP 412) que subsiste a pesar a las divisiones nacionales y los desgarramientos sociales. La clave de esa *unidad en la pluralidad* -raíz de proyectos integradores- sigue siendo básicamente cultural.

Desde Medellín hasta Puebla hablábamos de *América Latina*, uniendo México, América Central y toda la América del Sur con sus dos rostros lusoamericano e hispanoamericano, ambos procedentes de la antigua Hispania. En Santo Domingo se integró explícitamente en el lenguaje pastoral a los pueblos *del Caribe*, que mayoritariamente son latinos, si bien hay algunos pequeños estados independientes de procesos de colonización inglesa y holandesa.

2. América Latina es *una comunidad de pueblos* con un plexo de valores comunes, un carácter afín, una tradición compartida. La Iglesia está presente en su historia y en la historia del nombre *América Latina*. La primera institución en el mundo que llevó ese nombre fue un colegio fundado en 1858 en Roma para la formación intelectual del clero de nuestros países, el cual en 1863 fue rebautizado *Colegio Pío Latino-Americano*. En 1899, convocado por León XIII, se realizó el *Primer Concilio Plenario Latinoamericano*. El nombre *América Latina*, desde el siglo XIX, expresa lo que nos une y distingue. Nos une a todos los americanos, pero nos distingue de la América anglosajona; nos integra en la tradición occidental y latina, pero nos distingue de Europa. Ese nombre afirma la vocación a ser un *pueblo-continente* o una *nacionalidad continental*.<sup>61</sup> Si nuestra unidad es muy frágil en los niveles institucionales, en varios aspectos *culturales* parece ser más fuerte que la de otros continentes. En general, los latinoamericanos podemos entendernos a nivel idiomático, en español, portugués o “portuñol”. Hay más afinidad entre puntos extremos de América Latina que entre países distantes de Europa, África o Asia, por sus enormes heterogeneidades lingüísticas, raciales, históricas y religiosas.

Lamentablemente, no hemos logrado que estos vínculos forjaran una *integración efectiva*. Si el sentido de la *Patria Grande* pertenece a nuestro pasado y nos configura desde la memoria histórica, la integración debe propender hacia una unidad futura, para llegar a ser, de forma modesta, una *Nación de naciones* (Bolívar) o una *Confederación de pueblos libres* (Artigas). *La comparación con Europa* resulta útil al considerar la distinta formación de las naciones en el siglo XIX. Allí varios estados nacionales se constituyeron desde realidades culturales pre-existentes; aquí, la unidad cultural de la América Hispánica fue dividida en una veintena de estados. Desde aquellas bases, y luego del duro aprendizaje hecho en las dos guerras mundiales, la integración europea avanzó durante cincuenta años desde el *Tratado de Roma* (1957), pasando del *Mercado Común* a la *Unión Europea*. Se ha consolidado institucionalmente y hoy enfrenta el reto de fortalecer los vínculos recreando las bases espirituales comunes y respetando tantas microculturas, cuando se afirman regionalismos y nacionalismos. Al mismo tiempo, al ampliarse para contener unos treinta países tan distintos, enfrenta el reto aún mayor de consolidar su unidad continental y acordar una base jurídica en una *Constitución* que represente a todos sus miembros, tradiciones e intereses, lo que todavía no se ha podido concretar.

La *Unión Europea*, en proceso de ampliación e institucionalización, se debate entre la fe y la increencia, mientras se extienden el secularismo y el fundamentalismo.<sup>62</sup> *La Iglesia afirma su valor histórico como una casa común*.<sup>63</sup> Al mismo tiempo le pide ampliar la comunidad a todas las naciones del Atlántico hasta los Urales; ahondar la unión fundando la convivencia en los valores espirituales y éticos de la *tradición humanista y cristiana* -sobre todo, la fe en Cristo y la dignidad infinita de cada persona- simbolizados en los copatronos de Europa: Benito, Cirilo y Metodio, Brígida, Catalina y Edith; reconocer la presencia específica de la Igle-

<sup>61</sup> Cf. A. ARDAO, *Nuestra América Latina*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986, 54.

<sup>62</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La teología española ante la nueva Europa*, Kadmos, Salamanca, 1994, 7-54.

<sup>63</sup> II ASAMBLEA ESPECIAL PARA EUROPA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Mensaje final* n. 6, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 29/10/1999, 11.

sia Católica, las iglesias cristianas y las comunidades religiosas en las instituciones comunitarias; evitar que se repliegue sobre sí misma, porque la Iglesia y la humanidad son más amplias que la nación y el continente; e infundir un “espíritu común” en la construcción de la nueva Europa.<sup>64</sup>

En América Latina, *recién estamos en los inicios de un proceso equivalente y necesitamos una mayor integración económica, política, social y cultural* que haga posible tener un destino común en el nuevo siglo, habida cuenta de la posición de prescindencia que nos asignan poderes mundiales.<sup>65</sup> En la historia moderna América Latina jugó un rol secundario, por lo que se la llama *extremo Occidente* u *occidental* de una forma *marginal*.<sup>66</sup> Huntington caracterizó siete grandes áreas culturales: occidental, confuciana, japonesa, hindú, islámica, eslavortodoxa y latinoamericana -¿ y la africana?- marginando a América Latina de la occidental o considerándola una subcivilización.<sup>67</sup> En la obra geopolítica de Brzezinski *El Gran Tablero Mundial* no se menciona a América Latina ni una vez, porque en el mundo globalizado parecen contar los estados continentales euroasiáticos. Esperemos que no sea un destino fatal lo dicho por G. Papini: “desde el punto de vista de la cultura universal... América Latina es prescindible”.<sup>68</sup> Por eso importa recalcar que “la integración es el único modo de participar en la globalización”.<sup>69</sup>

3. *Nuestra Iglesia tiene una responsabilidad especial en esta tarea integradora* porque desde sus orígenes tuvo conciencia de su dimensión continental y está llamada a ser *sacramento de comunión* de los pueblos con Dios y entre sí. Ella tiene una fisonomía propia que surge, mediadamente, de los rasgos culturales de este pueblo creyente, mestizo y pobre, y de su inserción en un subcontinente uno y múltiple, tradicional y moderno, occidental y sureño. Su figura se ha delineado, inmediatamente, por el proceso de *latinoamericanización* llevado a cabo en la segunda mitad del siglo XX por sus iglesias particulares agrupadas en el nivel nacional y por el servicio de la Santa Sede y del CELAM. Puebla expresó la autoconciencia histórica alcanzada por la Iglesia católica en nuestros pueblos latinoamericanos (DP 4-14, 232-237, 408-415).

*La V Conferencia debería animar una cultura de la comunión a nivel nacional, regional y continental, con destino universal*, siendo fiel al camino reciente de nuestra Iglesia. Ella generó una *dinámica pastoral continental* con las Conferencias de Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo, pioneras en reuniones continentales y antecedentes del Sínodo para América (EIA 4). La Iglesia, *experta en latinoamericanidad*, cultivó esta pertenencia histórica y cultural en varias generaciones, sobre todo desde Medellín, con sus documentos, santuarios y símbolos, alentando *el intercambio solidario entre naciones vecinas y pueblos hermanos*.

América Latina tiene una doble pertenencia que la hace bastante singular: pertenece culturalmente al mundo *occidental*, tanto tradicional como moderno, y es parte del *sur* signado por el subdesarrollo y la pobreza. Integrando el continente americano, es la única región cristiana del sur pobre y, todavía, el subcontinente más homogéneamente católico de Occidente. Por eso *la Iglesia debe alimentar la esperanza de forjar una nueva síntesis cultural desde nuestra originalidad en la que se integren valores espirituales cristianos con aportes seculares mo-*

<sup>64</sup> Éste era un tema recurrente de JUAN PABLO II: cf. *Discurso al Simposio del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa*, 11/10/1985, n. 12, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 20/10/1985, 10; *Discurso al Consejo de Conferencias Episcopales de Europa*, 16/4/1993, n. 6, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 23/4/1993, 7.

<sup>65</sup> Dijo H. Kissinger a G. Valdés: “Usted habla de América Latina. No es importante. Nada importante puede venir del Sur. El Sur no tiene importancia” (A.ROUQUIÉ, *Extremo Occidente*, Emecé, Buenos Aires, 1990, 353)

<sup>66</sup> V. MASSUH, *El llamado de la Patria Grande*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, 140.

<sup>67</sup> S. HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconsideración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, 50-52.

<sup>68</sup> Citado por J. L. DE IMAZ, *Sobre la identidad iberoamericana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, 7.

<sup>69</sup> METHOL FERRÉ - METALLI, *La América Latina del siglo XXI*, op. cit., 84.

*dermos*. Medellín y Puebla asumieron el desafío lanzado por Pablo VI sobre nuestra vocación a

“aunar, en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad” (MD Intr 7; DP 4).

Aparecida debería renovar el compromiso eclesial para fortalecer los vínculos espirituales que unen a nuestras naciones, de tal modo que la comunión basada en los valores teológicos se proyecte, respetando la pluralidad de la sociedad civil y la autonomía o laicidad del Estado (DCE 28), hacia *nuevas formas de unidad secular* “en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana y de una integración universal” (DP 428).

Destaco como un signo *La Visita de Jesucristo y la Virgen de Guadalupe a los pueblos de América Latina y el Caribe*, que pasó por todas nuestras ciudades y pueblos. Concebida como una larga procesión de entrada en el tercer milenio y realizada desde 1992 hasta 2000 como una peregrinación misionera, comenzó en el santuario de Guadalupe y culminó en el de Luján. Portando las imágenes del Cristo Crucificado y de Nuestra Señora de Guadalupe junto con el Libro de la Palabra de Dios, se celebró en cuatro etapas, recorriendo 24.000 kilómetros. Fue un magnífico testimonio de la fe contemplativa de los humildes. En esta línea, Aparecida podría dar un paso adelante con respecto a la valoración de la piedad popular hecha por Puebla, reconociendo como una de las bases de *la pedagogía de la santidad* (NMI 31) *la mística popular que late en la espiritualidad de los humildes*. Por eso Seibold propone que “la Iglesia debería reconocer públicamente esta raigambre mística del catolicismo popular latinoamericano”.<sup>70</sup>

Aquella peregrinación fomentó los vínculos fraternos entre los pueblos en la comunión del Pueblo de Dios, expresada sobre todo en los cruces de fronteras. Debemos acrecentar el *intercambio pastoral, espiritual y teológico* entre las iglesias hermanas situadas en naciones vecinas sobre una *teología del intercambio* capaz de inspirar vínculos eclesiales y culturales.<sup>71</sup>

#### **4. Justicia y amor para los pueblos más pobres en la comunidad americana y mundial**

1. *América es una unidad plural*. El nombre, *América* en singular o *las Américas* en plural, está ligado a la cuestión misma de América. Una visión deficiente la caracteriza sólo con un criterio geográfico viéndola como “una” realidad continental o como la suma de “cuatro” regiones: Norte, Centro, Caribe y Sur. Pero ¿cómo considerar a México, ubicado geográficamente en el Norte, pero que pertenece histórica, social y culturalmente al Sur?

Esa realidad requiere introducir determinaciones cualitativas acerca de lo común y lo diverso. Por ejemplo, en lo religioso hay cierta identidad cristiana de América y emerge *una Iglesia joven* de 500 años. La primacía del factor religioso que marca la unidad cristiana resulta clave en *Ecclesia in America* (EIA 14). En lo socioeconómico hay enormes y crecientes desigualdades entre ricos y pobres entre el norte y el sur, *en el sur* -el subcontinente más desigual del mundo- y aún en el norte. Las iglesias cristianas están llamadas a ser *sacramento de comunión solidaria* entre naciones del norte y el sur, e impulsar *una comunidad americana más justa*.

2. *Todas las naciones del hemisferio deben redefinir su pertenencia americana y su espacio continental*. Deben hacerlo los Estados Unidos, después de la crisis de los modelos impuestos en base a sus intereses: el *panamericanismo* (1889-1945), según la célebre declaración Monroe “América para los americanos” (1823); y el *sistema interamericano* montado sobre el TIAR (1947) y la OEA (1948) en el marco de Yalta y bajo la sentencia de Truman “un hemisferio cerrado en un mundo abierto”. Algunos ven la presencia de esa tradición panamericanista detrás del postergado proyecto del ALCA y otros ven la tradición latinoamericanista detrás

<sup>70</sup> J. SEIBOLD, *La mística popular*, Buena Prensa, México, 2006, 196; es un estudio muy serio sobre el tema.

<sup>71</sup> Cf. C. GALLI, “Hacia una eclesiología del intercambio. Exploración inicial de un sugestivo lenguaje conciliar”, en M. ECKHOLT - J. SILVA, *Ciudad y humanismo. El desafío de convivir en la aldea global. Para el Intercambio Cultural latinoamericano-alemán en sus 30 años*, Universidad del Maule, Talca, 1999, 191-208.

de un acuerdo entre el MERCOSUR y la CAN que procure un Mercado Común Sudamericano. Así surgió la propuesta del ALCSA desde Brasil o la más reciente del ALBA desde Venezuela.

No me interno en cuestiones que superan mi competencia. Advierto que, en este contexto, se replantea la dialéctica bipolar del hemisferio americano o la forma concreta de la unidad continental. Junto con los intereses y acuerdos comerciales hay que atender a las tradiciones y valores culturales, porque un tratado comercial no es sinónimo de una integración cultural, como lo muestra el muro que se construye entre EUA y México. Por motivos culturales y políticos -no sólo según la lógica económica- deben integrarse mucho más los países del Sur, América Central, el Caribe y México. Por eso, ampliando la constituida *Comunidad Sudamericana de Naciones*, que desde la Declaración del Cusco del 8/12/2004 integra formalmente a los doce estados de América del Sur,<sup>72</sup> e incluso trascendiendo el significativo nombre de los *Estados Unidos de Sudamérica*,<sup>73</sup> hay que aspirar a la *Unión latinoamericana*,<sup>74</sup> y *caribeña*, integrando con realismo todos los aspectos, desde las identidades culturales a los intereses comerciales.

Para los representantes de los Obispos del Cono Sur, “*un verdadero proceso de integración de América debe basarse en una política continental que tenga en cuenta los derechos humanos y los principios de la soberanía, la justicia, la solidaridad y el respeto a las identidades culturales de los pueblos*”.<sup>75</sup> En esa línea pienso que nuestros pueblos tendrán que jugar su destino en diversos procesos abiertos, conflictivos y entrelazados. Con el ideal y la opción por *construir una comunidad regional de naciones deben avanzar en la integración latinoamericana*. Desde esa base de unidad subcontinental deben apuntar a la sociedad americana en su conjunto, la asociación con Europa, y los lazos con China, Rusia, India, Japón y todos los pueblos.

Si queremos que las intercambios generen *vínculos estables* deben tener *fundamentos sólidos*. Un *regionalismo integral* exige la promoción de *valores culturales comunes* y una *ciudadanía plena para todos*. La integración debe ser entendida y vivida no sólo como mercado a nivel económico, ni sólo como región a nivel político, sino como *una comunidad de naciones a nivel histórico-cultural*. Además de ser una sociedad de necesidades, intereses y actividades, debe ser una comunidad de valores, aspiraciones e instituciones. Para eso hay que promover una *integración multidimensional* que comprometa a las comunidades de la sociedad civil.

Recuerdo que el magisterio pontificio reconoce *la subjetividad de la sociedad* (CA 49) ante el peligro de absolutizar el Estado o el mercado, instituciones políticas y económicas que deben estar al servicio de la persona y la sociedad. La *emergencia de la sociedad civil* forma un nuevo espacio de actuación en los países para movimientos organizados en redes solidarias. Si Puebla asumió el tema de los valores y estructuras en la cultura, Aparecida podría plantear el tema del aporte cultural de la sociedad civil al bien común nacional, regional e internacional.

En este proceso nuestras iglesias, desde su arraigo histórico, su comunión orgánica y su misión evangelizadora, pueden hacer un importante aporte para querer eficazmente un ideal histórico común. En camino a Aparecida me pregunto si episcopados, fieles y comunidades, in-

<sup>72</sup> Cf. la *Declaración del Cusco sobre la Constitución Sudamericana de Naciones*, en la recopilación de E. DUHALDE, *Comunidad Sudamericana. Logros y desafíos de la integración*, Planeta, Buenos Aires, 2006, 19-24.

<sup>73</sup> G. CARRIQUIRY LECOUR, *Una scommessa per l'America Latina. Memoria e destino storico di un continente*, Le Lettere, Firenze, 2003, 110. Cf. la versión castellana, corregida y aumentada, con su documentado análisis y su sentido católico, en *Una apuesta por América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

<sup>74</sup> J. SCANNONE, “Desafíos ético-sociales de la regionalización a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia”, en GRUPO FARRELL, *Ética, desarrollo y región. Hacia un Regionalismo Integral*, CICCUS, Buenos Aires, 2006, 34

<sup>75</sup> COMISIONES EPISCOPALES EJECUTIVAS DEL MERCOSUR, CHILE Y BOLIVIA, *El ALCA y el futuro de nuestros pueblos*, op. cit, n. 10.

cluyendo a los teólogos, somos conscientes del desafío que tiene *apostar por la región y el continente*.

3. Con sus luces y sus sombras, el espejo europeo nos puede ayudar a mirarnos. También *Europa es una unidad plural* que combina a su modo unidad y pluralidad, porque une muchas alteridades que han construido una identidad.<sup>76</sup> H. Gadamer ha considerado el *plurilingüismo* europeo como un valor que permite aproximarse al otro en su alteridad, una ayuda para descubrir la propia identidad -el otro es otro de uno y los otros son otros de nosotros-, una escuela para aprender a convivir a pesar de las guerras. Si bien en América Latina tenemos la experiencia y el deber de ser un *espacio de paz*, aquella reflexión puede enriquecernos *si queremos descubrirnos mutuamente como otros que construyen el nosotros de una identidad plural común*; si deseamos, como dice otro texto del gran filósofo, descubrir que lo otro del vecino no es una alteridad a evitar -el vecino excluido- sino una *alteridad que contribuye a la comunión*.

“... lo otro del vecino no es alteridad que sólo debe evitarse sino *alteridad contributiva* que invita al propio reencuentro. *Todos somos otros y todos somos nosotros mismos* (Wir sind alle Andere, und wir sind alle wir selbst). Tal me parece ser la aplicación que debemos hacer a nuestra situación”.<sup>77</sup>

Reconocer la alteridad de los otros es un camino para aprender a convivir entre todos.

“... Vivir con el otro, vivir como el otro del otro, esta tarea humana fundamental, vale tanto a pequeña como a *gran escala*... en las grandes asociaciones humanas, pueblos y estados. Aquí reside la especial ventaja de Europa, en el hecho de que, más que otros países, ha podido y debido aprender a vivir con otros, aun cuando los otros fueran diversos (*anders*)”.<sup>78</sup>

El aprendizaje para *vivir la comunión entre los diferentes* debe marcar los procesos de integración intracontinental y las formas de asociación intercontinental. Así como en la *identidad europea* juegan las alteridades de las culturas latinas, bizantinas, celtas, germánicas, eslavas, húngaras, en la fisonomía latinoamericana y caribeña tienen su propio peso los componentes hispanos y lusitanos, aborígenes y africanos, mestizos y criollos, inmigrantes y europeo-modernos. Incluso se habla de *tres áreas: Indolatinoamérica, Eurolatinoamérica, Afrolatinoamérica* en una América Latina cuyas áreas se amplían si se consideran a México y el Caribe.

4. Teniendo en cuenta las reflexiones anteriores destaco que el *discurso eclesial sobre la unidad de América* se ha desarrollado con parámetros peculiares. En 1992, en su *Discurso inaugural* en Santo Domingo, Juan Pablo II sugirió hacer un *Sínodo para América* en el marco de la “solicitud pastoral por las categorías sociales más desprotegidas” (n. 17) siguiendo la opción preferencial por los pobres a nivel internacional. Al iniciar el ciclo jubilar, en *Tertio millennio adveniente* lo propuso para tratar “la problemática de *la nueva evangelización* en las dos partes del mismo continente ... y la cuestión de la *justicia* y de las relaciones económicas internacionales, considerando la enorme desigualdad entre el Norte y el Sur” (TMA 38). El contexto mundial de los noventa fue el marco del Sínodo que en 1997 reunió a Obispos de la Iglesia que peregrina en América, la cual ya en 2000 constituía *el 62,8% del catolicismo mundial*.

*Ecclesia in America* enseña que Cristo, *Camino* al Padre y a los hermanos, es la *vía* hacia la conversión personal y social, a la comunión trinitaria y eclesial, y a la solidaridad social e internacional. En su *óptica religiosa* acentúa la *unidad espiritual* del Continente desde la identidad cristiana como fuente de comunión entre iglesias y de solidaridad entre naciones (EIA 5).

<sup>76</sup> Cf. E. MORIN, *El problema dell'identità europea*, en AA. VV., *L'identità culturale europea tra germanesimo e latinità*, J. Book, Milano, 1987, 38. Ver P. HÜNERMANN, “Wurzeln europäischer Identität”, en AA. VV., *Fundamente Europas. Christentum und europäische Identität*, Paulinus, Trier, 1995, 5-29.

<sup>77</sup> H. GADAMER, “Die Vielfalt Europas. Erbe und Zukunft”, en *Das Erbe Europas*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995, 30.

<sup>78</sup> GADAMER, o. c., id. Se podría reflexionar más sobre este punto tratando de incorporar el aporte que hace P. RICOEUR -en diálogo con E. Husserl y E. Lévinas- sobre *la megacategoría de alteridad*, cuando es referida al otro de sí mismo; cf. *Sí mismo como otro*, Siglo veintiuno editores, México, 1996, 365-379. Más aún, debería completarse con el aporte al tema de su obra *Caminos del reconocimiento*, Trotta, Madrid, 2005, 227-267.

*La Iglesia en América es decisiva para el futuro del cristianismo en el mundo.* La unidad en la *fe cristiana* (EIA 14) se valora mejor al considerar la diversidad religiosa de otros continentes. Pero esta unidad debe hacerse cargo de las *diferencias confesionales y culturales*, y también de las *desigualdades económicas y sociales* (EIA 55), fruto de “pecados sociales que claman al cielo” (EIA 56). En el proceso sinodal americano se planteó el desafío a la comunión que afrontan iglesias insertas en áreas culturales distintas y que sufren la división nort-sur. Según una eclesiología de comunión, el Pueblo de Dios debe ser *signo e instrumento de comunión solidaria* para la sociedad civil en América y en el mundo. Como nunca antes tenemos que afrontar el desafío de *pensar los problemas de la fe y la justicia en perspectiva americana*.

Si “el mayor don que ha recibido América es su fe” (EIA 14), la fe cristiana es el bien más grande que América Latina y El Caribe pueden dar desde su pobreza *ad gentes*. Algo parecido afirmó Juan Pablo II de Europa: “el cristianismo ha sido en nuestro continente un factor primario de unidad entre los pueblos y las culturas, y de promoción integral del hombre y de sus derechos”,<sup>79</sup> en consonancia con el primer sínodo europeo: “la fe cristiana pertenece de forma decisiva al fundamento permanente y radical de Europa”.<sup>80</sup> Por esta comprensión de las relaciones entre la fe cristiana y las culturas históricas de Europa y América, todo servicio de la Iglesia a la unidad entre los pueblos debe fundarse en la fe que afirma *el cristocentrismo trinitario como un potencial que promueve la dignidad humana en la comunión fraterna*.

5. Esta fe proclama que *Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre* (EIA 67). En el Señor encontramos los rostros de los que sufren (Mt 25,44-45), recuerdan los papas (NMI 49, DCE 15) y las conferencias anteriores: *los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo* (SD 178). Benedicto XVI retoma la imagen del rostro en ese doble sentido: Cristo es el rostro de Dios; el ser humano, en especial el pobre, es el rostro de Cristo. En una entrevista dijo: “El asunto fundamental es que debemos descubrir a Dios, no a un Dios cualquiera, sino al Dios que tiene rostro humano, porque *cuando vemos a Jesucristo vemos a Dios*”.<sup>81</sup> Antes, en su primera encíclica, comentando la parábola del juicio final, había expresado: “Jesús se identifica con los pobres... Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: *en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios*” (DCE 15).

*La V Conferencia debe potenciar la opción del amor preferencial a los pobres*, esbozada por Medellín con expresiones equivalentes (DM XIV,4-11) y explicitada por Puebla (DP 1134-1165) y Santo Domingo (SD 178-161). La Iglesia cree y confiesa, como lo expresó Guamán Poma, un indio peruano de la primera generación cristiana de América, que *donde está el pobre está Jesucristo*.<sup>82</sup> La caridad de la Iglesia a los pobres “es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral” (NMI 49).

El Pueblo de Dios en América Latina y El Caribe vive la fe en condiciones de pobreza y asume la pobreza desde su fe, siendo la *Iglesia de los pobres* y verificando que es la *Iglesia de todos* al abrazar a los últimos. La opción por los pobres manifiesta la catolicidad eclesial que se concreta en la predilección por los más pequeños en los niveles pastoral, teológico y espiritual.<sup>83</sup>

En los últimos cincuenta años el producto bruto global creció nueve veces y la renta *per capita* en promedio se triplicó. Pero *las desigualdades crecieron en forma escandalosa*: el 20% más pobre del mundo percibe hoy, como en 1960, el 2% de la renta, mientras que el 20% más

<sup>79</sup> JUAN PABLO II, *Homilía durante la Misa de clausura de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos*, 23/10/1999 n. 5, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 29/10/1999, 9.

<sup>80</sup> I ASAMBLEA ESPECIAL PARA EUROPA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Declaración final* n. 2, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 27/12/1991, 6.

<sup>81</sup> BENEDICTO XVI, *La alegría de servir*, op. cit., 5.

<sup>82</sup> Cf. G. GUTIÉRREZ, “Donde está el pobre, está Jesucristo”, *Páginas* 197 (2006) 6-22.

<sup>83</sup> Cf. los tres niveles de la opción en G. GUTIÉRREZ, “La opción profética de una Iglesia”, en AMERINDIA, *Tejiendo redes de vida y esperanza*, Indo-American Press Service Ltda, Bogotá, 2006, 307-320.

rico duplicó su cuota del 30 al 60% del total. Si bien en 2006 América Latina creció a un 4,5%, todavía 205 millones de latinoamericanos viven bajo la línea de pobreza, lo que es el 38,5% del total. Ella “es la región del mundo emergente que menos crece y donde es más bajo el progreso social... *la que tiene mayor desigualdad* y la que está reduciendo menos la pobreza”.<sup>84</sup>

Por eso hoy se requiere *una nueva imaginación de la justicia y de la caridad* (NMI 50) ante el creciente abismo entre el norte y el sur. Hay que urgir tal opción a nivel nacional, americano e internacional, en favor de los pobres de los pueblos y los pueblos más pobres, dando testimonio de que el Sur también existe. La Iglesia católica latinoamericana y caribeña tiene la responsabilidad de ser *sacramento de solidaridad* al compartir la suerte de las multitudes crucificadas y esperanzadas del sur del mundo, donde vivirán la mayoría de los católicos. Ella debe vivir la fe de un modo más coherente, para traducirla en una colaboración con una convivencia con más *democracia, desarrollo y justicia* entre tanta inequidad, exclusión y corrupción.

Desde Cristo y los pobres la Iglesia discierne luces y sombras en la *interdependencia global* (SRS 12-26). Lo hace teológicamente a partir de una visión integral y solidaria del desarrollo (SRS 27-34) para contribuir a que la interdependencia no se vuelva *imperialismo* impuesto por estructuras de pecado, sino que favorezca la *solidaridad* que es fuente de liberación e integración (SRS 35-40). Y propone una *cultura de la solidaridad* (EIA 52) porque “es una exigencia que brota de la misma red de interconexiones que se desarrollan con la globalización”.<sup>85</sup>

Globalizar las exigencias de la justicia y la solidaridad implica replantear las instituciones internacionales para lograr *intercambios más equitativos*. Aquí tengo presente la doctrina de P. Ricoeur sobre la intencionalidad ética como el *tender a un vida buena y feliz, con y para otros, en instituciones justas*. Recuperando la noción aristotélica de acción, y en diálogo con H. Arendt, quien planteó el querer vivir y actuar juntos como base del poder-en-común, Ricoeur entiende la estructura última del *vivir-juntos* en una comunidad histórica concreta - local, nacional o regional- a partir de *ethos* de un pueblo, formado por las costumbres éticas comunes y por las reglas jurídicas coactivas. Ese vínculo social es duradero si logra conjugar la *pluralidad* irreductible de los sujetos con la *concertación* fundante en torno a los bienes públicos.<sup>86</sup> Este aporte intensifica la pregunta: en cada nación y en nuestra región ¿queremos vivir, proyectar, decidir, actuar y poder en común mediante hábitos compartidos e instituciones justas?

-----

La vocación a la integración requiere querer ser una comunidad -nacional, regional continental- y hacer un proyecto posible y sugestivo de vida en común. En los últimos años en la Argentina nos preguntamos: *¿Queremos ser nación?* Ser una nación exige una decisión ético-política de todos y cada uno para vivir en común y formar una comunidad de destino, pues “ser un pueblo supone, ante todo, una actitud ética que brota de la libertad”.<sup>87</sup> Algo parecido cabe con relación a la región en sus varias acepciones. *¿Queremos ser una región, una comunidad regional de naciones?* Para llenar de contenido la decisión responsable de querer ser nación cabe preguntarse: *¿Qué nación queremos ser?*<sup>88</sup> Siguiendo con la analogía me pregunto: *¿Qué región queremos ser?* ¿Cómo imaginar juntos una comunidad regional en América Latina y El Caribe? Si en Aparecida no se viera la posibilidad histórica o no hubiera una decisión pastoral acerca de esas preguntas, al menos se deberían debatir los argumentos. Si hubie-

<sup>84</sup> R. FRAGA, “Balance político de América Latina”, *Diario La Nación*, Buenos Aires, 24/1/2007, 19.

<sup>85</sup> C. MARTINI, “Globalización en solidaridad”, *Criterio* 2232 (1999) 19.

<sup>86</sup> Cf. RICOEUR, *Sí mismo como otro*, op. cit., 203-206.

<sup>87</sup> J. BERGOGLIO, *Educación: exigencia y pasión*, Claretiana, Buenos Aires, 2003, 159.

<sup>88</sup> “Debemos pasar del deseo de ser Nación a construir la Nación que queremos” (CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, “La Nación que queremos”, 28/9/2002, 4, en *Recrear la voluntad de ser nación*, CEA, 2003, 40).

ra consenso en apostar por la integración regional, se debería decir con fuerza en el *Mensaje a los Pueblos*.

La Iglesia, con su tradición, autoridad y extensión en nuestros pueblos, debe apoyar responsablemente el ideal de una comunidad regional de naciones, que reclama mayores intercambios de personas y bienes animados por el amor. La Iglesia cree y confiesa que *Dios es Amor* (1 Jn 4,8) y que *lo más grande es el amor* (1 Cor 13,13). Desde Aparecida puede contribuir inspirando desde su *fe* valores y actitudes que sostengan con *esperanza* la comunión entre pueblos, para que una nueva cultura del compartir con *amor* anime la justicia, la solidaridad y la paz.

El servicio a la integración es parte de la misión evangelizadora -santidad misionera y pastoral de la santidad- que Aparecida ha de impulsar de un modo creativo y significativo. La V Conferencia debería ser un ejemplo para que todo el Pueblo de Dios y todos en el Pueblo de Dios *entremos en un estado de conversión evangélica y pastoral para ser una comunidad de discípulos/as misioneros/as que anime una comunión de vida digna y plena inspirada en el amor de Cristo para construir fraternidad entre nuestros pueblos de América Latina y el Caribe*.

La Virgen de Guadalupe, hoy Patrona de América, es “estrella de la primera y la nueva evangelización” (SD 15, EIA 11), y “pedagoga del Evangelio en América Latina (y el Caribe)” (DP 280). Que María, madre y modelo, discípula y misionera, peregrina y educadora, nos ayude a comunicar con alegría y paz el Amor de Dios manifestado en *Cristo, Camino, Verdad y Vida*.